

Sobre el republicanismo socialista

Iñaki Gil de San Vicente – La Haine
Debate en La Haine: El republicanismo en el siglo XXI

“La monarquía no tiene otro principio que el *hombre deshumanizado*, y despreciable. (...) Allí donde el principio monárquico se halla en la mayoría, los hombres se encuentran en la minoría; donde se halla por encima de toda duda, no hay hombres”.

Karl Marx

1. LA TRAICIÓN A MARX
2. SUBSUNCIÓN FORMAL Y “PRINCIPIO MONÁRQUICO”
3. LIMITES DE LA SUBSUNCIÓN FORMAL
4. SUBSUNCIÓN REAL Y DEMOCRACIA BURGUESA
5. ACTUALIZACION DEL “PRINCIPIO MONÁRQUICO”
6. LA FORMA-REPÚBLICA BURGUESA
7. EL CONTENIDO-.REPÚBLICA ESPAÑOLA
8. EL REPUBLICANISMO SOCIALISTA

El colectivo La Haine nos ha lanzado el agradable reto de abrir un debate sobre la República, y nos ha hecho cuatro preguntas al respecto. Con mucha sabiduría, no nos ha puesto límite y eso indica una lúcida percepción de la importancia de su reto. Básicamente, tengo cuatro razones para involucrarme en el debate y, dicho sin orden de importancia, son estas: por cuanto militante de la izquierda abertzale que soy, milito en la construcción de la República Socialista Vasca. Además, por cuanto marxista, mi internacionalismo militante me lleva ayudar en la medida de mis fuerzas a que los pueblos oprimidos se emancipen de la monarquía franquista impuesta bajo amenaza militar. También, por cuanto necesitado de la historia como cualquier otro militante, es decir, del estudio de la evolución de la lucha de clases, necesito aprender de las luchas republicanas, también de las que nos han machacado a los vascos; y, último, por cuanto militante de calle, necesito debatir de algo que me parece muy importante: la diferencia entre republicanismo socialista y mera reivindicación de una República, en este caso de la III República español.

1. LA TRAIACION A MARX

Las palabras de Marx arriba citadas están escritas justo al comienzo de su larga vida como revolucionario. Son radicalmente explícitas y directas, no dan opción alguna a interpretaciones suavizadoras, y si las analizamos como parte de un todo, como comienzo de un proceso, veremos que son consustanciales a toda la praxis de Marx no ya en lo que concierne a la denuncia política de los aparatos burgueses sino, sobre todo, a su concepción entera de la especie humana. No existen “dos”, “tres” o “varios” Marx como nos quiso hacer creer la moda althusseriana. Según esta moda, que tantos servicios rindió a la burguesía, el “primer Marx”, el “joven”, el “hegeliano” y “pre-marxista” no había superado el idealismo subyacente a la tesis de que la historia la hacen los seres humanos mediante sus luchas sociales internas, y por eso los textos “jóvenes” de Marx no pueden ser tenido muy en cuenta. Precisamente, la cita transcrita es de sus primeros años.

Uno de los servicios rendidos a la burguesía consistió y consiste no en el simple olvido de esta

cita y de toda la concepción marxista sobre el ser humano alienado, sino en la reaccionaria aceptación del orden monárquico en el Estado español tras la muerte del dictador Franco, una monarquía creada por este asesino de masas para perpetuar el sistema de dominación capitalista establecido tras la guerra de 1936-39. La moda althusseriana fue uno de los sustentos ideológicos –que no teóricos-- de la mayoría de los intelectuales que dieron forma al eurocomunismo, y su desprecio hacia la teoría de la alineación y del fetichismo, su desprecio de la dialéctica, etc., fueron una de las tesis que impulsaron la rendición incondicional del eurocomunismo.

El PCE y los partidos supuestamente “marxistas” que aceptaron la Constitución monárquica, sus fuerzas represivas y su bandera, actuaron directamente en contra de la concepción marxista de la especie humana, componente esencial de su teoría revolucionaria; estos partidos aceptaron como modelo el despreciable hombre deshumanizado que forma el “principio monárquico”, y no contentos con eso lo impusieron a quienes rechazamos aquella Constitución. Durante un tercio de siglo han continuado apoyando directa o indirectamente su tal orden de cosas. Servilmente, se han arrodillado ante la monarquía impuesta por Franco cada vez que ha sido necesario, y además de minar desde dentro la lucha de clases entonces ascendente, nunca han intentado siquiera ponerse en pie tras tanta humillación.

Simultáneamente a la aceptación de la monarquía y de todo lo que conlleva, esas izquierdas españolas estaban abandonando lo que es esencial a cualquier práctica revolucionaria: potenciar la independencia política y la autoorganización obrera y popular; aplicar la dialéctica reforma/revolución; exigir la radical reforma agraria; exigir el control obrero; potenciar formas asociativas desmercantilizadas, desde el cooperativismo socialista y las comunas vecinales, hasta prácticas de liberación sexual, otra pedagogía y otro sistema sanitario, etc; practicar la acción directa y la movilización social; denunciar al poder eclesiástico y a su terrorismo simbólico-religioso; potenciar la creatividad teórico-crítica y la denuncia radical del orden existente.

Esto y más fue abandonado cuando no perseguido burocráticamente desde mitades de los '70 hasta desaparecer una década después. Luego, no fueron recuperadas en modo alguno con la moda antiglobalización de finales de los '90, pues esta moda, además de centrarse casi exclusivamente en los tópicos al uso, abandonó totalmente la lucha de clases en el interior del propio país y con ella las prácticas a las que me he referido. Pues bien, semejante retroceso en reivindicaciones básicas en la vida cotidiana era y es expresión de la pérdida de las señas de identidad de la praxis revolucionaria. La juventud que se inició a la vida militante a finales de los '90 desconocía casi todo de las prácticas expuestas. Y el republicanismo –que es mucho más que la reivindicación de la III República- cumplía y cumple un papel central, porque afecta al nudo gordiano de la praxis militante ante el poder.

Para entender mejor lo aquí dicho, y yendo ya al tema, las reivindicaciones prácticas expuestas arriba están directamente relacionadas con los objetivos históricos de la lucha revolucionaria, a saber, expropiar a los expropiadores y acabar con la propiedad privada burguesa desarrollando la socialización de las fuerzas productivas; avanzar conscientemente hacia la extinción histórica de la ley del valor-trabajo, del dinero, de la mercancía; dismantelar hasta la raíz los aparatos represivos del Estado burgués sustituyéndolos por el pueblo en armas, por el sistema de comunas autoorganizadas y por la democracia socialista como paso previo a la propia extinción de la democracia en sí misma; avanzar conscientemente en la autoextinción del Estado sustituyéndolo por la administración colectiva de la sociedad por los productores asociados; dismantelar el sistema patriarcal de inmediato y facilitar las múltiples libertades sexuales y afectivas; aplicar el derecho de autodeterminación de los pueblos, etc.

Estos objetivos se tienen que aplicar concretamente en cada situación particular, nunca en abstracto. Es aquí donde aparece nítidamente tanto la oportunidad y valía de este debate sobre

la III República como, sobre todo, el doble sentido crítico inherente a la cita de Marx arriba expuesta. En el Estado español, la práctica revolucionaria en las cuestiones expuestas se enfrenta de inmediato con el papel clave que juega la monarquía designada por el dictador Franco en el actual orden de cosas. Piedra angular y a la vez sistema basal, la monarquía es el centro del poder institucional, de las fuerzas armadas, de la legitimidad ideológica y de la conexión con la historia imperialista del Estado español. Mas no pensemos que acabar con la monarquía franquista supondría acabar con el capitalismo. No. Una parte de la burguesía podría darle la patada al rey y proclamar la III República si le conviniese para relanzar sus beneficios, o si no tuviera más remedio para detener el avance de la lucha de clases. Cambios así ya han sucedido en el pasado, y también en el español. Pero lo decisivo es la continuidad de la propiedad privada de las fuerzas productivas, la continuidad de la explotación asalariada, de la opresión nacional y del sistema patriarco-burgués. Ahora bien, es precisamente esta constatación la que refuerza la urgencia de la militancia republicanista.

Ahora bien, por pura dialéctica, aquí empiezan los problemas. Uno es la diferencia de sentido y significado que tiene la República para, como mínimo, tres grandes bloques revolucionarios: para las izquierdas que de algún modo admiten la centralidad del territorio estatal como el mejor marco para la lucha y triunfo revolucionario; para quienes defienden esa República pero a la vez defienden el derecho de autodeterminación de los pueblos, lo que les hace ser conscientes de que esa III República quedará muy reducida cuando ese derecho se ejercite, y para los pueblos oprimidos que, en todo caso, quieren crear sus propias repúblicas en otros marco de relaciones de internacionalismo solidario. Esta contradicción la analizaremos al final porque antes hay que resolver la segunda, la realmente decisiva, la que está resuelta ya en la cita de Marx, y que nos da la clave dialéctica del problema.

2. SUBSUNCIÓN FORMAL Y “PRINCIPIO MONÁRQUICO”

Para ello vamos a aplicar el instrumental científico-crítico desarrollado por Marx y Engels, y en especial la teoría de la subsunción. Subsunción viene de subsumir que quiere decir incluir un elemento nuevo en una estructura más amplia. En el plano social y en la teoría marxista, se trata de un proceso de absorción y supeditación de una parte a un todo, desde una pequeña fábrica que es absorbida por una gran corporación, hasta una nación que es invadida por otra y supeditada a la segunda en las condiciones de opresión, pasando por una mujer que pasa de la dominación de su familia pequeña a la dominación bajo otra familia más grande mediante el mercado del matrimonio, es decir, que “asciende” de una dominación menor a otra mayor siempre dentro del patriarcado; etc. La teoría de la subsunción es una de las aportaciones centrales del marxismo pero ha sido poco desarrollada cuando no menospreciada y tergiversada por los reformismos y por todas las corrientes estalinistas, lo mismo que también han sido poco desarrolladas las teorías de la alineación y del fetichismo.

De hecho, existe una conexión dialéctica entre ellas que, en sí mismas, forman una teoría superior, más amplia, unitaria e incluyente: la teoría del papel decisivo de la subjetividad revolucionaria en la historia humana, o si se quiere, la dialéctica entre lo subjetivo y lo objetivo, o la dialéctica entre lo individual y lo colectivo. La teoría de la subsunción presta especial atención al proceso que va de la subsunción formal a la real. Marx y Engels sólo pudieron desarrollar con alguna sistematicidad el tránsito de una a otra en el proceso socioeconómico de explotación y producción de plusvalía, pero el siglo y medio transcurrido desde entonces ha mostrado que se puede y se debe aplicar su potencial científico-crítico a todas las contradicciones sociales. Vamos a verlo en lo que concierne al republicanismo.

Cuando Marx escribió la cita anterior, en 1843, en Europa y buena parte del mundo las monarquías eran numéricamente superiores a las repúblicas, de modo que su crítica radical y explícitamente antimonárquica tenía todo el sentido de inmediata acción práctica; pero en realidad su denuncia intransigente iba más al fondo cualitativo que a la superficie cuantitativa

del problema, aunque también. Al igual que ocurre con toda su obra, el tiempo transcurrido le ha dado la razón en sus estudios cualitativos y en muchos de sus análisis cuantitativos. A la luz de la experiencia actual por “principio monárquico” debemos entender mucho más que la simple monarquía reinante. El “principio monárquico”, ayer y hoy, hace referencia a la sumisión, a la obediencia, al acatamiento y a la docilidad ante los mandatos y caprichos de una autoridad impuesta desde el exterior, como eran las monarquías, por designio divino. Hubo un tiempo en el que el rey y dios eran lo mismo, y aún hoy algunos reyes siguen creyéndoselo. Todavía en la Europa finales del siglo XVIII se seguía haciendo creer al pueblo que los reyes podían curar enfermedades con su simple imposición de manos.

De esta larga época que nos remite a varios miles de años, sobreviven muchos comportamientos socialmente impuestos por el poder, desde arrodillarse ante la autoridad tocando el suelo con la frente y besando los pies del rey-dios, o del Papa católico, por ejemplo, hasta aceptar que los que se creen superiores al resto acudan siempre algo más tarde a los actos públicos, siendo recibidos por los demás, sus súbditos, con muestras de obediencia de asnos solemnes. Lo esencial de lo que denominamos “protocolo”, “etiqueta”, “buena educación”, “cortesía”, “saber estar”, etc., corresponde a los cambios, retoques y añadidos que fueron introduciendo durante el poder absolutista y de la burguesía en ascenso en el interior de las normas y disciplinas de respeto, acatamiento y obediencia anteriores, medievales, que a su vez habían adaptado y amoldado las disciplinas similares anteriores, esclavistas y tributarias.

En la época de la subsunción formal, durante sus varios miles de años de duración, el pastor, el campesino libre, el siervo, el artesano, etc., tenían como garantía última de supervivencia su rebaño o su pequeño terreno, o su siempre precario contrato con el amo, o sus instrumentos de trabajo, e incluso el grueso de los trabajadores urbanos tenían relaciones familiares con el campo, de manera que mal que bien podían abandonar la explotación y refugiarse en sus últimas reservas, comiendo lo poco que obtenían, o trabajando con sus propias herramientas. Del mismo modo, los trabajadores urbanos podían recurrir a sus familias campesinas. En muchos momentos de tensión social eran muy frecuentes las huidas individuales o en grupo de los trabajadores a sus campos, a sus familias, a otras ciudades y pueblos, o a otras empresas, e incluso a zonas despobladas donde empezaban a trabajar las tierras hasta entonces salvajes o habitadas por naciones menos desarrolladas a las que, por lo general, exterminaban para expropiarse sus tierras.

No se escapaban sólo los esclavos y los siervos, que también, y en muchos países capitalistas la esclavitud y la servidumbre duraron hasta casi finales del siglo XIX. Estas huidas eran uno de los grandes problemas a los que se enfrentaban todos los poderes económicos: cómo sujetar a los trabajadores para que siguieran aceptando la explotación sin resistirse y combatir o sin escaparse; también cómo mantenerlos obedientes y sumisos cuando no existiendo situaciones abiertamente tensas, sí tenían que pagar sus diezmos, tributos e impuestos, o limitarse pasivamente a cobrar una auténtica miseria por los frutos de un trabajo agotador.

La teoría de la subsunción formal sirve precisamente para descubrir el conjunto de procesos que logran imponer la pasividad de la gente ante la explotación que sufre por medio de la amenaza de latente o abierta, implícita o explícita, de la violencia o de cualquier chantaje sobre necesidades vitales que, al no satisfacerse, pueden causar penurias insostenibles y la muerte. Es una forma de control desde el exterior de la persona o colectivo a su interior, que exige una permanente muestra pública y notoria de acatamiento y aceptación por parte del más débil hacia el más fuerte. El más débil no debe resistirse ni huir, debe resignarse a su suerte. Es el poderoso quien puede satisfacer las necesidades vitales de la gente sin recursos como hambre, frío, sed, indefensión absoluta frente a un ataque exterior, etc., repartiendo comida, leña, agua, protegiéndola con su ejército, etc.

Además de la amenaza explícita de violencia para cobrar tributos en dinero o en especies, una

parte de la cosecha, o del ganado, o la entrega de mujeres jóvenes, etc., siempre bajo la amenaza de las armas, también la satisfacción de esas necesidades vitales hacía –y hace- a la gente sin recursos o empobrecida, dependiente del poderoso, del propietario de esos recursos. Pero este sistema de control, vigilancia y represión tiene un muy serio límite que no es otro que no domina las conciencias desde su interior, o más exactamente, que ese poder dominante no logra crear las conciencia dominadas en su mismo interior, que no logra hacer que la policía esté dentro de la cabeza de cada cual. Por eso es una dominación formal, es decir, que se ejerce en la forma externa no en la esencia interna, aunque siempre existe una dialéctica entre forma y fondo, continente y contenido, que no podemos exponer ahora en detalle.

La mejor manera que han encontrado los propietarios privados de esos recursos que anteriormente eran colectivos, para resolver parcial y temporalmente, nunca definitivamente, esa irresoluble falla interna de la subsunción formal, no es otra que la religión, que el miedo al infierno eterno, o a la nada espantosa en un mundo sin luz, sin calor y sin referentes orientativos, o a la reencarnación después de la muerte en una vida malvivida en las peores de las miserias insoportables. Para evitarlo, los empobrecidos y expropiados prefieren sufrir temporalmente en la tierra que no eternamente en el otro mundo, o en éste pero aún peor que antes, que en la vida anterior, si se trata de una reencarnación. Así, la subsunción formal sostenida mediante la amenaza explícita o implícita de violencia, o mediante la violencia arbitraria y caprichosa del amo sobre el esclavo y sobre todo en la esclava, que es un método común también en la esclavitud asalariada capitalista y, especialmente, en la explotación patriarco-burguesa; esta subsunción así sostenida es reforzada mediante el terrorismo psicológico consustancial a las religiones. En la medida en que, pese a todo ello, se mantienen y hasta crecen las resistencias sociales, en esa medida también las religiones van desarrollando sus métodos de psicoterror y fusionándose con el poder político-armado de la clase propietaria.

Muy resumidamente, esta es la razón de por qué las monarquías y las religiones han ido y van siempre unidas, apoyándose mutuamente, o con más rigor, apoyando como dos muletas a la clase propietaria en contra de la mayoría expropiada. También es la razón por la que han ido y van unidas a los aparatos represivos, a los ejércitos, a las policías y a todas las instituciones disciplinarias y coercitivas que tienen en la jerarquía estricta y en la disciplina no consciente sino basada en el miedo, una de sus formas más preciadas de orden y control, sean educativas como judiciales, etc. Al igual que ante el rey se agacha la cabeza y se encoge el cuerpo, y al igual que ante el obispo o Papa se hace la genuflexión, también ante el mando militar o judicial o profesoral se realizan las correspondientes expresiones de acatamiento y sumisión perruna para mostrar obediencia y hasta temor.

Se ha dicho siempre que en estas instituciones, sobre todo en los ejércitos, es necesaria una disciplina estricta, pero, como veremos en su momento, hay dos disciplinas muy diferentes: la impuesta por el miedo o el interés monetario y el egoísmo material, o la que nace de la conciencia libre y solidaria, colectiva. Ahora nos interesa resaltar la unidad irrompible entre el “principio monárquico” y la parafernalia de poses y actos que realizan estos grupos disciplinados, jerarquizados y autoritarios. Basta ver, por ejemplo, los actos oficiales en los que se reúnen reyes, obispos, militares, jueces, catedráticos, etc., con sus vestimentas especiales, con sus condecoraciones, medallas y cruces repletas de oro y piedras preciosas, ofreciendo un espectáculo de lujo y magnificencia que pasma y sobrecoge al espectador alienado.

Hay que ser un despreciable “*hombre deshumanizado*” para cumplir rigurosamente los actos de sumisión pública tanto en los grandes espectáculos reales, religiosos, militares, políticos y económicos, con sus ceremonias autoritarias, como en los pequeños momentos de la vida supuestamente “privada” en los que hay que demostrar sumisión al poder, sea patrón, marido, párroco, policía, oficial al mando, juez, catedrático, periodista, rey o presidente: bajar la mirada al suelo o desviarla a otro sitio, encoger el gesto y reducir la propia altura en la medida de lo posible para que, al menos, el amo esté a mi altura o algo más, no hablarle hasta que me

pregunte algo o me de permiso, contestarle a todo con buenos modales y sin subir mucho la voz, no darle la espalda nunca sin haberme despedido antes, etc.,. Actos que confirman el servilismo de la persona que acepta su inferioridad frente al superior, y que tranquilizan a éste con sus gestos no obligándole a amenazar, o a castigar y reprimir.

3. LIMITES DE LA SUBSUNCION FORMAL

El poderoso se siente relativamente seguro, pero sólo mientras esa docilidad servil se reitera con otras muestras de servilismo dócil. Lo relativo de la tranquilidad nace de la certidumbre o sospecha fundada que tiene el poderoso de que esa persona que está humillándose delante suyo, muy posiblemente esté pensando en silencio justo lo contrario de lo que hace en público, algo frecuente en estos actos en los que a veces se escapa, o se deja escapar aún a riesgo de ser descubierto alguna mueca o gesto pequeño, o movimiento de dedos que como un lenguaje secreto quiere indicar a algunos observadores conspirados que en el interior de la persona genuflexa bulle el rechazo y la resistencia al poder.

Los límites de la subsunción formal eran conocidos o intuitos por todos los poderes precapitalistas, y de ahí que vigilaran muy atentamente hasta esos pequeños gestos que denotaban una resistencia subyacente que se plasmaba luego de múltiples modos, incluso en las fiestas carnavalescas, en las “fiestas de locos” durante las cuales se invertía el orden de autoridad, su jerarquía. El feudalismo no pudo acabar con estas fiestas populares que venían del pasado, y las monarquías las toleraron pero con muchos recortes, como lo harían luego los burgueses. Del mismo modo, el nuevo poder ascendente, el burgués, se cercioró bien pronto de que en toda leve burla al poder, la que fuera, podía esconderse el fantasma de la rebelión, del mismo modo que las revueltas campesinas contra las hambrunas y los impuestos excesivos latían ya en la mascaradas en las que el rey era desnudado y sentado en un burro mirando para atrás, a su rabo.. Sin embargo, el “principio monárquico” era tan fuerte, estaba tan arraigado en las mentes, que la propia burguesía tardó mucho tiempo en enfrentarse decididamente a él y proclamar la opción opuesta, la república democrático-burguesa. Fueron varios siglos en los que fue decayendo el poder monárquico en su expresión directamente política y aumentando el parlamentaria burgués, que no quería decir republicano y menos aún demócrata radical.

Gradualmente, para mucha gente los reyes dejaron de ser dioses, y a la vez éstos fueron perdiendo su directa presencia mundana, reclusándose en la conciencia drogada de cada persona. Es cierto que se cortaron algunos cuellos reales y sus testas coronadas fueron limpiamente separadas del tronco, y es cierto que la Iglesia católica fue derrotada muy seriamente en países decisivos para el crecimiento capitalista. Pero estos avances históricos no significaron, desgraciadamente, ni el triunfo definitivo del republicanismo en su sentido filosófico-radical ni la muerte del dios cristiano por las razones que vamos a ver a continuación. Pero mucho menos significaron la superación histórica del “principio monárquico” en cuanto sumisión del inferior al superior, que no sólo siguió activo en buena parte de la sociedad sino que, además, empezó a producirse en todo el contexto social una doble dinámica: por un lado, la extensión de la subsunción real y por otro, la adaptación de los restos de la subsunción formal y del “principio monárquico” a todas aquellas realidades burguesas que aún mantenían supeditadas e integradas funcionalmente en su interior formas preburguesas de dominación e intimidación típicas de los modos históricamente superados en su expresión dominante pero todavía activos en muchas formas de explotación supeditadas a la burguesa dominante.

Los límites de la subsunción real se fueron agudizando en la medida en que una serie de factores propiciaron el endurecimiento de la explotación campesina, el malestar de sectores burgueses y la progresiva incapacidad de la nobleza para resolver estas y otras contradicciones. Muy en síntesis, a los devastadores efectos de las guerras campesinas y de las guerras de religión, se sumaron luego los efectos demoledores de un enfriamiento del clima europeo, arruinando a muchos y empobreciendo al resto excepto a las monarquías absolutistas que

multiplicaron sus impuestos y las disciplinas y violencias para extraerlos. Los gastos militares incrementaron las exigencias de dinero, lo que obligó a los reyes a pedirselo a la burguesía porque las masas trabajadoras estaban estrujadas al tope y en casi todas partes la Iglesia, propietaria de alrededor de la mitad de las tierras, y la nobleza no pagaban impuestos. A todo esto hay que añadir otro factor que se ha menospreciado pero decisivo en aquellas condiciones: el agotamiento de los bosques y de la madera, único recurso energético para la inmensa mayoría de la población porque los molinos de agua y viento, si bien abundantes en zonas ricas, no producían calor y las minas de carbón aún no habían empezado a ser explotadas sistemáticamente.

En este contexto, la subsunción formal empezó a hacer aguas por todas partes porque aumentaron el empobrecimiento social y la explotación, pero también la incapacidad del sistema absolutista para controlar las hambrunas y mantener las políticas de caridad. No se puede pedir indefinidamente sumisión, docilidad y pleitesía a las masas cuando las condiciones de supervivencia empeoran, y tampoco se pueden exigir más préstamos a la burguesía sin garantías de devolución. Bajo estas presiones, más temprano que tarde la amenaza exterior pierde eficacia porque la vida misma ya es insoportable, y los sermones sobre el infierno tampoco sirven porque el infierno ya existe en la tierra. Del mismo modo, a la burguesía no se le puede seguir prometiendo una devolución lejana que los capitales que ha adelantado cuando la monarquía multiplica su derroche suntuario y militar, por lo que los prestamistas dan un paso adelante y exigen ser ellos los que administren y controlen los gastos del Estado, e incluso los de la familia real. El lema nuevo que irrumpe definitivamente es quien paga manda, y paga la burguesía.

Visto esto, no resulta sorprendente que en esta época aumentasen las muestras individuales y colectivas de indocilidad e insumisión práctica, de debilitamiento de los códigos de respeto público a la autoridad, de surgimiento de formas de ridiculización y crítica al señor feudal, al cura del pueblo, al enviado del rey, al recaudador de impuestos; formas de ridículo y de mofa y befa que proliferan en los mercados y fiestas populares tras atreverse a salir de los círculos privados. Simultáneamente aumenta el descrédito de la religión, el librepensamiento y la filosofía del libertinaje en sectores de la intelectualidad burguesa. Pero no magnifiquemos esta segunda tendencia. Mientras que la historiografía dominante ha menospreciado y subvalorado la fuerza de la primera tendencia, que sólo empezó a ser valorada en su tremenda importancia por la historiografía marxista, sí ha sobrestimado interesadamente la segunda, la de la supuesta heroicidad de los intelectuales del iluminismo, de las luces, del ascenso de la burguesía. Ahora bien, aunque no se atrevieron apenas a cuestionar a la monarquía hasta que no tuvieron más remedio que hacerlo, al menos sí aumentaron la deslegitimación del “principio monárquico”, que es la base de la subsunción formal.

4. SUBSUNCIÓN REAL Y DEMOCRACIA BURGUESA

Es aquí en donde debemos avanzar un paso más analizando el otro componente de la teoría de la subsunción cual es la dinámica capitalista de desintegración del Trabajo como fuerza revolucionaria consciente y su absorción dentro del Capital, es decir, simplificándolo, su subsunción real. Conforme se asentaba el capitalismo se fue extendiendo la ideología burguesa de los derechos individuales como ocultación misticadora de la explotación asalariada. Mientras que antes del capitalismo, como hemos visto, la imposición del orden se hacía desde fuera mediante ese conjunto de sistemas, con el capitalismo empezó a extenderse la ideología de que el trabajador, como individuo, tenía los mismos derechos que el patrón, también tomado aisladamente. Esta creencia silenciaba --silencia-- la diferencia cualitativa de que el trabajador no tiene ningún otro recurso de subsistencia que su exclusiva fuerza de trabajo y que por tanto, si quiere vivir, ha de aceptar la explotación asalariada.

Antes, hemos visto que el trabajador mantenía cierta independencia de recursos o tenía al final

la opción de la huida a otros sitios, pero el capitalismo fue cercenándolas ambas hasta acabar con ellas mediante la privatización de las tierras, la expulsión en masa de los campesinos, el cierre de los pequeños talleres artesanales, un montón de leyes que impedían las fugas de los trabajadores, un aumento del poder controlador de los Estados, la ocupación y colonización de tierras extranjeras, etc. Al final de este proceso, la inmensa mayoría del pueblo trabajador fue expropiada de todo lo que tenía antes, desde sus tierras y rebaños hasta su cultura ancestral, pasando por su familia amplia y redes sociales de solidaridad colectiva preburguesa. No les quedaba nada más que su fuerza de trabajo y su miseria, su extrema pobreza, y tampoco le quedaba ya la opción desesperada de la huida.

Y aquí se inicia la dinámica de la subsunción real que se irá ampliando conforme el trabajador, el que sea, no tenga más remedio que entregarse atado de pies y manos al empresario por un salario que le mantenga vivo. Ha perdido toda su independencia personal y colectiva precapitalista, por pequeñas que fueran, y se ha convertido en un esclavo asalariado moderno, peor aún, en simple mercancía, en una cosa que el empresario utiliza en el proceso productivo, en un apéndice de la máquina. El trabajador, carente de toda independencia, no tiene más remedio que venderse en el mercado de la fuerza de trabajo, acepta ser una mercancía más. Socialmente, desde que nace, es preparado para eso, para tener un precio más o menos alto en el mercado, para que le compre un empresario menos malos y explotador que otros, etc., si ello es posible. A la larga, conforme el capitalismo se asienta, el sistema familiar, educativo, costumbrista, ideológico, etc., se especializa en producir mercancía humana que el empresario utilizará como se utiliza una tuerca o un litro de gasolina o la corriente, hasta que se agote.

El capitalismo ha absorbido, engullido al trabajador como un momento de su proceso productivo, un instante en el tiempo de valoración del capital. El trabajador, la trabajadora, ya no tiene otra opción que pensar su existencia desde dentro de esta jaula. No puede ver nada exterior a ella porque su vida se ha convertido en la jaula misma, y quiéralo o no, dentro ya de ese agujero negro que le engulle a ella misma, a él mismo, los frutos de su propio trabajo refuerzan los barrotes que le enjaulan. Es una parte más del proceso productivo en beneficio de la clase burguesa que le explota. Mientras siga atrapado por el agujero negro de la mercantilización de sí mismo, en esa medida es imposible que desarrolle conciencia crítica y menos aún praxis revolucionaria. No necesita por tanto ser reprimido desde el exterior porque esa mercancía humana se mercantiliza a sí misma.

Esta es la base de la subsunción real y en su interior, por tanto, ya no hace falta una represión exterior, como la de la subsunción formal, tampoco hace falta, por tanto y en este nivel del estudio teórico puro, el “principio monárquico” con sus conexiones religiosas, militares, etc., para mantener el orden porque éste no nace de fuera de la explotación sino de dentro. Más aún, conforme se desarrolla el capitalismo éste va perfeccionando la subsunción real con otros dos mecanismos, el primero ya bastante desarrollado en las sociedades burguesas imperialistas y el segundo ya en proceso de expansión, como veremos. Ambos asestan fuertes golpes al “principio monárquico” pero no lo destruyen por otras razones que se expondrán en su momento.

El primer mecanismo es la aceptación por el trabajador ya previamente alienado por su propia mercantilización, de la ideología burguesa dominante en el sentido de creerse un individuo libre y soberano, propietario de sí y capaz de decidir su futuro. Piensa que tiene la misma libertad que el empresario pero realmente su libertad, en el mejor de los casos, se ciñe sólo a la de poder escoger un explotador que le exprima de entre los varios existentes en ese momento concreto, y eso en el plano individual, porque en el plano colectivo, en el de la clase social a la que pertenece, en este plano decisivo sólo tiene una posibilidad de elección, la de la clase empresarial en su conjunto.

Del mismo modo en que cree que la libertad del empresario y la suya son las mismas, son

idénticas, también cree que sus derechos son idénticos, que el valor social de su vida es el mismo que el valor social de la vida de un burgués y que, por tanto, el valor político de su voto también lo es. Es por esto que no ve contradicción alguna en que siendo un trabajador asalariado vote al partido conservador o reaccionario de su patrón. En este mundo irreal e invertido, las clases sociales desaparecen porque ha desaparecido la explotación de clase y sólo aparecen en escena la ficción de la igualdad, de la libertad y del derecho burgueses.

El segundo mecanismo que fortalece la subsunción real se desarrolla en la medida en que crece la importancia del capital comercial y financiero como la parte del capital global que va adquiriendo preponderancia por diversos factores que no podemos tocar ahora. De todos ellos, el que ahora nos interesa no es otro que la generalización de crédito relativamente barato que permite que las masas trabajadoras mantengan un nivel de consumismo de productos de baja calidad que, en determinados casos, llega a la compulsión. Las cadenas de oro del consumismo masivo de baja calidad, que se sostienen entre otras cosas gracias a la sobreexplotación imperialista de pueblos enteros, logran que las masas trabajadoras de estos capitalismos ahoguen sus dudas sobre su situación real.

Al igual que el “pan et circensis” de Roma ayudaba a mantener el orden interno, en el capitalismo imperialista el consumismo ayuda a mantener su orden al reforzar la creencia de que todos los “ciudadanos” somos iguales también en el fácil acceso a los bienes en el mercado. Ya se nos había hecho creer, como hemos visto, que somos iguales en el poder político-electoral, en el acceso a un “salario justo” (¿?), a una cultura y servicios sociales “públicos”, etc. Con el consumismo, la subsunción real se refuerza en sí misma al cerrar el proceso entero de desintegración en la lógica mercantil porque las personas alienadas sólo pueden imaginarse una supuesta felicidad vendiéndose y comprándose a sí mismas. Inmovilizadas mentalmente por esas cadenas de oro, creen que la mejor forma de silenciar las dudas y angustias inherentes a su vida explotada no es otra que seguir consumiendo, y si es posible hoy más que ayer pero menos que mañana, lo que exige aceptar una creciente explotación y desechar toda idea de resistencia.

5. ACTUALIZACION DEL “PRINCIPIO MONÁRQUICO”

Pero la teoría de la subsunción real es parte de la teoría marxista como sistema praxeológico desarrollado por el movimiento revolucionario en su conjunto y no sólo por Marx y Engels, lo que exige que deba ser siempre aplicada y desarrollada con el apoyo de otras teorías insertas en el sistema. Teniendo esto es cuenta es perfectamente comprensible entender la eficacia alienadora de la subsunción real pero también su límite innegable. La primera, que ya hemos expuesto, la eficacia surge de su excelente operatividad dentro de la dinámica de la explotación y alineación; la segunda, su límite, surge de la compleja realidad social del capitalismo cotidiano, según veremos ahora mismo. Semejante unidad dialéctica entre ambos extremos contradictorios es una de las características esenciales del sistema marxista, una característica que le permite introducir luz crítica en el interior de las contradicciones en permanente movimiento. En el tema del republicanismo nos va a ser decisiva esta capacidad de penetración científico-crítica en la lucha de contrarios.

El límite de la eficacia de la subsunción real surge del hecho incuestionable de que en la realidad sociohistórica no existen modos de producción químicamente puros, sin “contaminación” de otros anteriores. Siempre el modo de producción dominante integra como secundarios y hasta terciarios a restos de otros modos precedentes. En el capitalismo más desarrollado subsisten de forma testimonial en el aspecto económico fracciones de pequeña burguesía antigua, grupos de artesanos y especialistas en trabajos manuales, pequeños campesinos para mercados muy locales, trabajos familiares para consumo propio y trueque y reciprocidad con conocidos, pescadores de bajura para el consumo local e incluso pastores que nos remiten al neolítico, etc.

Además, en el capitalismo las clases sociales están en permanente adaptación y respuesta a los cambios socioeconómicos y políticos, transformaciones que se aceleran en determinados períodos de crisis y recomposiciones en los que se extinguen viejas fracciones de clase y surgen nuevas, sobre todo en la pequeña burguesía. Pero aparte de esto, desde hace dos décadas, con la contraofensiva capitalista mundial denominada “neoliberalismo”, sufrimos la aparición de un neoesclavismo mediante la precarización más incierta y salvaje en las maquilas y en el centro mismo del capitalismo, la explotación infantil, la explotación de emigrantes y de mujeres, la masificación de la prostitución adulta e infantil, etc. Y, lo que es decisivo para el tema que tratamos, sufrimos una involución ideológica conservadora, reaccionaria y neofascista.

En muchas de estas realidades se entremezclan formas de explotación que no requieren el desarrollo pleno de las características de la subsunción real ya que, en ellas, es manifiesta la represión feroz de derechos burgueses –no existen derechos en general, abstractos y fuera de las determinaciones sociohistóricas objetivas-- de, por ejemplo, sindicación, asociación, expresión, etc., lo que obliga a la burguesía a recurrir directamente a la amenaza explícita, al miedo, a la represión policial y judicial, cuando no a sus propios grupos de violencia armada. La destrucción planificada del mal llamado “Estado del bienestar” (¿?) rinde grandes beneficios al grueso del capital, pero también fortalece la tendencia al aumento de las tensiones sociales lo que explica, además de la multiplicación de las fuerzas represivas y sobre todo de las “privadas” que son ya un nuevo negocio, también la necesidad de recuperar y adaptar al capitalismo actual viejos métodos disciplinarios típicos de la subsunción formal, entre ellos una nueva mística del líder, del jefe, de salvador, del personaje central que aúne en su función carismática las diversas disciplinas de acatamiento, es decir, una adaptación al presente del “principio monárquico”, aunque sea sin rey, en todas las esferas y niveles de la cotidianidad contemporánea.

La recuperación actual de escuelas para tecnócratas, ejecutivos, empresarios, diplomáticos, etc., en las que se enseña de etiqueta social, de buenas costumbres, de saber estar en actos de todo tipo, esta práctica creciente es un ejemplo de lo que decimos. Del mismo modo en que las monarquías clásicas son inseparables de las religiones clásicas, también ahora esta recuperación de las formas externas de acatamiento del orden va acompañada de la aparición de corrientes religiosas que realizan la misma función. Otro tanto tenemos que decir que la remilitarización costumbrista que se está imponiendo desde hace dos décadas que actualiza la función disciplinadora e intimidadora de los ejércitos reaccionarios inherentes al “principio monárquico”.

Pero además de esto, lo fundamental es que la contrarreforma educativa que se está desarrollando en todo el capitalismo tiene como uno de sus objetivos básicos reforzar el autoritarismo, o sea, el “principio de autoridad” consustancial al “principio monárquico”. Del mismo modo, la desesperada resistencia del patriarcado a los avances de la emancipación de la mujer también buscan lo mismo. Podríamos seguir poniendo ejemplos al respecto, pero ya son suficiente porque nos permiten ver cómo la remodelación de disciplinas típicas de la subsunción formal ayuda y refuerza a la subsunción real. De entre ellas destaca el “principio monárquico” aunque éste funcione en países de larga historia republicano-burguesa, como son los EEUU, en donde no existen dinastías reales ni familias nobles, pero sí existen dinastías y familias burguesas que cumplen la misma función.

Por tanto, la militancia en el republicanismo va mucho más allá de la reivindicación estricta de una República, en este caso la III República española, puesto que plantea una crítica radical a un sistema global de mantenimiento del orden establecido que viene de muy antiguo y que pervive después de la desaparición de las monarquías concretas. Como hemos dicho al inicio, la crítica del despreciable hombre deshumanizado que se arrodilla ante la monarquía no es una crítica inicial en Marx luego abandonada, sino una constante en su obra al margen de las pasajeras circunstancias políticas que influyen en los cambios en las formas de Estado.

Desde esta perspectiva, el republicanismo inicial del marxismo está demostrando su enorme poder científico-critico para estudiar los mecanismos de orden y para combatirlos en su interior mismo, y no sólo en su superficie. Por ejemplo, dentro del proceso de explotación económica están activas partes de la subsunción formal cuando el o la trabajadora deben responder con “educación” al capataz o directamente al empresario, o cuando deben cumplir todos los protocolos de jerarquía social para acceder a determinados despechos administrativos, etc. Otro tanto tenemos que decir de la explotación patriarco-burguesa en las familias y en el trabajo doméstico; en las escuelas, universidades e instituciones de todo tipo, incluidas las iglesias.

El reforzamiento actualizado del “principio monárquico” y la vigencia del republicanismo en el sentido aquí defendido, nos llevan a la fuerza al problema de los cambios en las formas del Estado, como hemos visto; pero, a la vez y dialécticamente, nos llevan al contenido social del Estado. O sea, las formas exteriores cambian según se aprecia fácilmente en las diferencias incluso entre repúblicas, pero lo decisivo es su contenido porque es en su interior en donde se bulle la fuerza emancipadora del republicanismo más allá de la fuerza táctica de la reivindicación republicana. La mejor manera de analizar estas cuestiones es repasando rápidamente su evolución histórica.

6. LA FORMA-REPÚBLICA BURGUESA

La reivindicación de la forma-república es un avance objetivo con respecto a la forma-monarquía. Esto es innegable, pero exige que a la vez tengamos siempre en cuenta el contenido social de esa forma-república. Siempre que vivamos en un contexto de explotación social y escisión humana de la naturaleza, todo progreso y avance en alguna cuestión y para unos sectores humanos, supone a la vez en cruda unidad de contrarios un retroceso en otra cuestión y para otros sectores humanos. La única forma existente de resolver esta contradicción es descubrir su contenido material, los intereses antagónicos que chocan en su interior y que repercuten en su exterior. La república es la forma que adquiere en un momento preciso el contenido de un poder de clase, y ese poder puede cambiar de forma si ello le interesa para seguir existiendo, incluso puede retroceder a la forma-monarquía si es necesario para sus intereses. Lo decisivo es el poder de clase y lo secundario es su forma institucional, aunque es innegable que la dialéctica entre contenido y continente, entre lo decisivo y lo secundario tiene una importancia transitoria en determinadas coyunturas políticas.

Originariamente, en la Grecia clásica en la que las masas de ciudadanos libres luchaban contra los oligarcas, la república era el sistema que garantizaba el control de la mayoría popular sobre la minoría oligárquica, en un sistema social en el que bastante más de la mitad de la población, mujeres, extranjeros y esclavos, tenían prohibidos esos derechos y eran explotados a veces con una ferocidad implacable, así como otros pueblos eran sometidos a la dominación cuando no exterminados. Pero la república esclavista fue pese a ello un innegable adelanto histórico y aunque luego fue derrotada nos legó la cultura griega clásica. La República romana fue un avance social frente al poder del patriciado que había gobernado gracias al apoyo indirecto del invasor etrusco, de modo que la conquista de la República romana fue también una liberación etno-nacional antigua, preesclavista pues este sistema se desarrollaría más tarde. Sin la fase republicana Roma no habría sobrevivido a sus numerosos enemigos, aunque la explotación interna y la búsqueda de esclavos, unido a las riquezas obtenidas con el saqueo y explotación de los pueblos esclavizados, propiciaron la deriva al Imperio, que se convirtió en la rémora que precipitaría su hundimiento posterior. A pesar de que Roma era extremadamente cruel, genocida y sangrienta en su inicial fase republicana supuso un adelanto con respecto a otras potencias circundantes.

Más tarde, las comunas medievales que mal que bien sobrevivían en un océano medieval de oscurantismo religioso y político, desarrollaron la república de los ciudadanos ricos, los nuevos

burgueses, comerciantes, mercaderes y financieros, que supieron movilizar al pueblo contra la nobleza pero al que apenas dieron un ápice de poder, excepto cuando éste se sublevó mediante las primeras luchas de clases y revoluciones urbanas. Estas repúblicas también oprimían a otros pueblos, al campesinado de los alrededores lo explotaban mediante el comercio y la venta de los productos lejanos, y con la aparición del intercambio desigual que inventaron los mercaderes occidentales, fueron empobreciendo a otros pueblos, quedándose con sus riquezas y, cuando podían, los ocupaban o castigaban con expediciones militares. Pero estas repúblicas mercantiles también fueron un adelanto histórico y dieron vida al Renacimiento, pese a fracasar a la larga y degenerar en principados de las grandes familias.

Quitando las experiencias más plenas de las comunas republicanas del medioevo y antes de las revoluciones burguesas, el republicanismo tenía por lo general otra acepción diferente a la que tiene ahora, y frecuentemente era compatible con la monarquía porque se le interpretaba en su sentido literal de “cosa pública”, de todo aquello que atañe a la vida colectiva pero sin cuestionar el “principio monárquico”, al contrario, como una extensión de este a la vida social. Quiere esto decir que en esa “cosa pública” no intervenían las masas campesinas, trabajadoras, que eran menospreciadas. El republicanismo burgués tardó mucho tiempo en formarse y solamente se enfrentó a muerte con la monarquía cuando no tuvo más remedio que hacerlo pues de lo contrario sus negocios empezarían a resentirse.

Históricamente, la burguesía es republicana cuando le conviene serlo porque la República facilita la acumulación, o cuando no tiene más remedio que serlo porque hay que sacrificar la monarquía para salvar al capital. Mientras tanto, siempre que la monarquía garantice el ritmo de acumulación creciente, o sea, no resulte excesivamente cara y atontezca al pueblo, mientras sea así la burguesía en su conjunto no se arriesgará a cambios inciertos que pueden abrir la olla de las luchas sociales. Esto no quiere decir que en su interior no existan sectores más o menos republicanos, que los hay, pero sólo en determinadas situaciones llegan a ser mayoritarios.

Ninguna de las cuatro revoluciones burguesas --la holandesa, la británica, la norteamericana y la francesa-- se inició nunca antes de acabar con todas las posibilidades de negociación pacífica con las monarquías a las que no tuvieron más remedio que enfrentarse, en contra de su inicial voluntad de llegar a pactos y acuerdos. Y antes de esas revoluciones inicialmente triunfantes, la burguesía había claudicado reiteradamente frente a la monarquía desde el siglo XIII en adelante. De hecho y volviendo a la cuestión clave del “principio monárquico” general más que a la de las monarquías concretas, todas las revoluciones burguesas clásicas terminaron pactando con los sectores monárquicos, absolutistas y tardofeudales fuertes concesiones de poder, pactos destinados a unir fuerzas contra las reivindicaciones de las masas oprimidas, las que habían sido carne de cañón en las guerras revolucionarias. Incluso la quinta oleada revolucionaria burguesa, la de la mitad del siglo XIX, fracasada en sus objetivos republicano-burgueses, también claudicó con las monarquías por puro miedo de clase a las masas insurrectas y a las luchas de liberación nacional de los pueblos oprimidos.

De entre los ejemplos históricos de cómo una clase burguesa puede esperar en sus reivindicaciones hasta que la situación se hace insostenible, de cómo duda para lanzarse a la lucha y para sostenerla posteriormente; de cómo no tiene más remedio que ejecutar al rey e instaurar una república a la vez que reprime a las masas radicales y, por fin, de cómo ella misma vuelve a reinstaurar una monarquía pero en otro contexto socioeconómico, político y militar, además de religioso y cultural, esta impresionante experiencia nos la ofrece la historia británica. Tras una larga monarquía se impuso mediante una guerra revolucionaria la república dirigida por Cromwell a mediados del siglo XVII para terminar volviendo otra forma de monarquía, pero ya después de que la república hubiera desarrollado leyes decisivas para el definitivo triunfo de una burguesía mercantil y colonial que aceleraron la dinámica que, un siglo más tarde, concluiría en el inicio del capitalismo industrial. Otro ejemplo clásico es la opción de la burguesía francesa postnapoleónica por la reinstauración de la monarquía

borbónica para garantizar su poder al menos durante un tiempo.

No podemos olvidarnos tampoco de las iniciales dudas entre monarquía y república en bastantes de los procesos de liberación nacional de las clases criollas en centro y Sudamérica, dudas que se fueron respondiendo a favor de la forma-república sólo bajo las presiones de las guerras, pero no se tocaron los contenidos esenciales de poder de clase sobre las masas campesinas y urbanas, un poco sobre las masas esclavas que fueron declaradas formalmente “libres” pero siguieron explotadas al máximo aunque de otra manera, y menos aún se tocaron los contenidos de opresión nacional de los pueblos autóctonos que incluso sufrieron un empeoramiento de su situación al aumentar las cargas impositivas, la expropiaciones de sus tierras ancestrales mediante la guerra, etc; sin embargo, esta experiencia no niega el relativo avance contradictorio que supuso la conquista por la guerra de la “primera independencia” en estos países.

Del mismo modo, en otros sitios, por ejemplo en Canadá, Australia y otras zonas del imperio británico, sus burguesías autóctonas comprendieron que el mejor negocio económico y político que podían hacer era mantener la independencia práctica bajo la condescendiente tutela de una lejana monarquía sita a miles de kilómetros de distancia. Al haber nacido bajo el poder de la potencia hegemónica a escala mundial en aquella época, estas burguesías sí pudieron desarrollar una subordinación real mucho más efectiva que la que pudieron desarrollar las latinoamericanas, lo que les permitió luego disponer de muchos más recursos de control interno, aunque ello no niega en modo alguno sus agresiones genocidas a los pueblos originarios, especialmente en Sudáfrica hasta muy recientemente.

También interesa recordar el caso japonés porque allí la revolución burguesa llamada meiji de 1868 que se apropió de la monarquía, la adaptó a sus necesidades y, tras un cambio dinástico en 1912, la ha mantenido incluso después de las duras exigencias norteamericanas en 1945. La burguesía japonesa se ha caracterizado, como toda burguesía imperialista, por un atroz salvajismo contra los pueblos que ha invadido, y por la dureza paternalista contra la clase obrera japonesa. La burguesía alemana, por su parte, usó a la monarquía para derrotar a la pequeña burguesía y a las masas en 1848, para asentar su poder, vencer a Austria, Dinamarca y Estado francés antes de acabar el siglo XIX, y lanzarse al imperialismo más agresivo a comienzos del siglo XX. Poco antes de la derrota de 1918, esta burguesía decidió prescindir de la monarquía y hacerse republicana, al menos hasta que la fuerza de la lucha revolucionaria le aconsejó dejar la república e impulsar a un cabo llamado Hitler para, tras la nueva derrota de 1945, volver a la república. Una experiencia similar a la italiana con la diferencia de que la monarquía de los Saboya duró más tiempo, hasta poco después de la II GM.

Podríamos seguir poniendo ejemplos del astuto oportunismo de las burguesías a la hora de optar por la forma-república o la forma-monarquía según sus conveniencias, e incluso entre las diferentes formas de república en respuesta a las crisis, como es el caso francés en el que la república filomilitarista del general de Gaulle fue apoyada por el capital como recurso de salida a la crisis abierta por la guerra de liberación nacional y social de los pueblos que habitan Argelia. Pero es el momento de pasar al contenido de la república burguesa, y el caso del Estado español es uno de los más ilustrativos. Más adelante, al terminar este texto, hablaremos del republicanismo socialista.

7 EL CONTENIDO-REPÚBLICA ESPAÑOLA

La trágica historia del republicanismo en el Estado español es otro ejemplo más pero en sentido contrario, en el de la fase de incapacidad burguesa para sostener su revolución de clase y para crear un Estado-nación eficazmente centralizado y con legitimidad nacional capaz de integrar a los pueblos periféricos. La I República española no fue producto del heroísmo burgués dirigiendo a las masas campesinas y proletarias sino de la descomposición interna de un sistema

corrupto y obsoleto que derivó por inercia propia a una República que nació el 11 de febrero de 1873, se empezó a descomponer en verano de ese año, se agotó en enero de 1874 cuando se creó la “República Ducal”, es decir, presidida por un Duque de la Torre, y tras una serie de cambios murió con la reinstauración de la monarquía el 29 de diciembre de 1874.

Básicamente, fueron cinco las causas de su fracaso: una, que la burguesía no estaba centralizada políticamente dependiendo en buena medida de los militares “progresistas”, y sin voluntad para profundizar en reformas urgentes; otra, que el movimiento obrero no estaba aún desarrollado no pudiendo por tanto ofrecer una salida al campesinado y a la pequeña burguesía tradicional, pese a las luchas populares que se mantuvieron; también, que la guerra de liberación del pueblo cubano, iniciada el 10 de octubre de 1868, multiplicaba las contradicciones internas del Estado español; además, que la denominada “guerra carlista” que estalla en abril de 1872, especialmente en Euskal Herria, en realidad guerra de resistencia nacional preburguesa del pueblo vasco, afectaba directamente al débil proyecto nacional de la burguesía española; y, por último, que las revueltas cantonalistas en el Estado, sobre todo la de Cartagena, aumentaban las tendencias centrífugas que arrastraba el Estado desde sus primeros pasos allá por el comienzo del siglo XVI, con la revolución comunera castellana y la resistencia desesperada del Estado vasco del reino de Navarra, agudizadas desde la gran crisis de mediados del siglo XVII y nunca resueltas pese al centralismo borbónico de comienzos del siglo XVIII.

Como se aprecia, el primer republicanismo español nació ya minado por irresolubles problemas estructurales de los cuales algunos se mantendrán y otros se agudizarán con el tiempo. Se mantendrían tanto la obcecación reaccionaria de la nobleza y de la Iglesia como las dudas e indecisiones de la burguesía, llegándose entre ambas fuerzas a acuerdos de gobierno basados en Estados fuertes, que de hecho aplicaban un autoritarismo político-militar a veces implacable, como los sufridos por Euskal Herria a lo largo de finales del siglo XIX y comienzos del XX, los padecidos por Catalunya en 1909 cuando la Semana Trágica, o durante los estallidos sociales de 1917, o durante las revueltas campesinas en Andalucía entre este año y los primeros de la década de 1920, o la lucha armada defensiva del sindicalismo anarquista catalán en respuesta al ataque del terrorismo empresarial apoyado por el Estado, hasta terminar en la dictadura del general Primo de Rivera entre septiembre de 1923 y enero de 1930, y la dictablanda del general Berenguer hasta febrero de 1931, que fueron sólo un interludio represivo hasta la larga época del franquismo tras la experiencia de la II República. Durante estos años se agudizarán básicamente el movimiento revolucionario y los procesos nacionales de los pueblos oprimidos.

La II República del 14 de abril de 1931 es, a la vez, efecto de estas crisis, intento de resolverlas y causa de la dictadura franquista y de la actual monarquía. Las fuerzas republicanas era débiles en militancia y en organización, pese a que la monarquía sufría una crisis profunda, porque los sectores burgueses decididamente republicanos tampoco representaban a la mayoría de su clase, y aunque en un principio muchos políticos que nunca habían luchado por la II República se hicieron “republicanos de toda la vida”, bien pronto abandonarían su repentino fervor democrático para volver a la derecha filomonárquica. Pero el sentimiento republicanista era muy fuerte en las masas trabajadoras y en los pueblos oprimidos que, en ningún momento, habían pensado en crear sus respectivas monarquías.

El primer gobierno republicano dirigido por burgueses moderados y chaqueteros de último momento, no se atrevió nunca a tomar medidas avanzadas. Por su izquierda, el movimiento obrero, popular y campesino; por su derecha, la reacción antirrepublicana y conservadora, que ya en 1932 intentó un golpe militar dirigido por el general Sanjurjo, y minando la unidad del Estado las luchas de los pueblos vasco y catalán, pero también el renacimiento de reivindicaciones nacionales de andaluces y gallegos, así como un rebrote del castellanismo. Y fue precisamente esta problemática y su endurecimiento en Euskal Herria, la que primero mostró la naturaleza centralista española de la II República.

Mientras que ésta negoció con Catalunya un Estatuto de Autonomía, puso por el contrario todos los obstáculos posibles al Estatuto Vasco, y luego, desde finales de septiembre de 1932 inició una dura represión contra el nacionalismo vasco, encarcelando a más de 200 personas, cerrando sedes y periódicos, apoyando siempre a las bandas armadas del PSOE en sus ataques a los nacionalistas, llegándose a la aberración de condenar a 21 años de cárcel a un nacionalista por no entender las preguntas del Tribunal que le juzgaba realizadas en lengua castellana. El incremento de las luchas fue seguido por el incremento de la represión, llegándose a situaciones de extrema violencia con pérdida de vidas, detenciones, encarcelamientos, multas y destituciones de cargos electos; y así, mientras unos sectores de la política española pedían medidas excepcionales a imponer en Euskal Herria y la deportación de dirigentes nacionalistas vascos, otros presionaron para desatascar el proceso estatutario consiguiendo redactar y aprobar el llamado Estatuto de Vitoria.

Semejante mezcla de tensiones hizo que la derecha española movilizara lo más profundo de los miedos irracionales, que recurriera a las maneras más mentirosas de propaganda, de excitación del fanatismo religioso y de apología del “principio monárquico”, atrayendo a los sectores de centro burgués atemorizados por el ascenso obrero y furiosos por el debilitamiento de la “unidad nacional”. Las elecciones de noviembre de 1933 dieron el gobierno a este bloque que de inmediato arremetió durante el “bienio negro” con dureza extrema contra sus dos enemigos irreconciliables: la independencia de los pueblos oprimidos y la revolución social. En la primera cuestión, fuerzas nacionalistas gallegas, vascas y catalanas dieron un paso que estremeció a Madrid al crear “Galeuzca”, asociación de solidaridad internacionalista que buscaba acelerar los procesos de cada pueblo mediante el apoyo mutuo. Al poco se supo que el Ministerio de Hacienda del nuevo gobierno republicano pensaba reducir las atribuciones de los Concierdos Económicos vascos con nuevas leyes centralistas. El malestar generado por este ataque se unía al hecho de que durante los tres años de vida de la II República, Madrid había prohibido realizar elecciones provinciales para designar las Diputaciones vascas, uno de los poderes democráticos típicos de Euskal Herria decisivos para la vida económica del País.

La respuesta nacionalista fue movilizar a los ayuntamientos para realizar elecciones a Diputaciones el 12 de agosto de 1934, pese a la prohibición oficial. Ese día, las fuerzas armadas de la II República española, incrementadas con la llegada de refuerzos, ocuparon militarmente el País y los ayuntamientos para impedir las elecciones. Más de sesenta alcaldes y muchos concejales fueron detenidos en medio de múltiples altercados, pero esta represión no detuvo el siguiente paso, la reunión el 2 de septiembre en Zumárraga para dar por formadas las comisiones provinciales elegidas el 12 de agosto. Otra vez, las fuerzas armadas españolas hicieron lo posible por impedir el acto, controlando estaciones de trenes y autobuses en todo el País, cortando carreteras y caminos, y rodeando Zumárraga con un cinturón militar. Pese a todo, el acto se realizó. Las fuerzas armadas tenían la orden de disparar a los electos y no al pueblo en caso de levantamiento popular. La cerrazón del gobierno republicano fue tal que la siguiente protesta vasca fue la dimisión en masa de alcaldes y concejales en plan de protesta.

La movilización nacionalista era tan masiva y permanente pese a la represión incrementada que las fuerzas de izquierda convocaron al PNV a una reunión el 11 de septiembre a celebrar en Donostia para llegar a un acuerdo en defensa de la II República contra una sublevación militar. Uno de los representantes nacionalistas fue asesinado por terroristas de la Falange Española cuando se dirigía a la reunión. Sin embargo, el PNV no era en modo alguno de izquierdas sino de derechas; además su estrategia no era independentista sino sólo autonomista, aunque sabía manipular muy bien el sentimiento independentista de sus bases y de grandes sectores del pueblo. Por tanto no era un enemigo irreconciliable de la II República durante el “bienio negro”, cosa que sabía muy bien el reaccionario Gil Robles. Esta doble característica le permitió al PNV moverse con cierta comodidad en el Parlamento español hasta lograr que a finales de junio de 1935 estuviera negociado casi todo el texto del Estatuto de Autonomía,

excepto el título XI sobre los poderes tributarios, o sea la cuestión del dinero.

Mientras se daban estas negociaciones, la realidad dura y feroz de la lucha de clases estallaba con fuerza. Una de las reivindicaciones más directas de las masas campesinas había sido siempre la de la reforma agraria. En 1931 más de la mitad de las tierras del Estado eran propiedad de sólo 50.000 terratenientes, mientras que dos millones de campesinos no tenían un milímetro de tierra. La II República no hizo nada para mejorar esta insoportable injusticia. Por eso, cansados de esperar, en enero de 1933 jornaleros andaluces declararon el comunismo libertario en Casas Viejas. La Guardia Civil enviada por el gobierno republicano arrasó y quemó el pueblo y asesinó a 25 braceros. Pero este crimen no atemorizó a los campesinos sino que los enfureció aún más de modo que, tras una progresión de sus movilizaciones, organizaron una gran huelga campesina en muchas zonas del Estado en junio de 1934. Ahora bien, la lucha campesina no logró organizarse eficazmente con la lucha obrera y popular urbana, ni viceversa. No podemos analizar aquí las causas de esta debilidad que fue una –que no la única-- razón del fracaso de la insurrección revolucionaria de octubre de ese mismo año,

La política reaccionaria de la coalición de centro-derecha en el gobierno desde noviembre de 1933 estaba liquidando o debilitando las tímidas reformas anteriores. A comienzos de octubre de 1934 este gobierno negoció la entrada de la CEDA, la derecha más reaccionaria a excepción de los fascistas de la Falange y de las JONS. Todo indicaba que se reforzaría aún más el giro reaccionario del gobierno republicano. Sobre un contexto objetivo y manifiesto de creciente malestar social, el PSOE y la UGT organizaron una insurrección revolucionaria contraviniendo y negando en la práctica toda la teoría insurreccional perfeccionada desde finales del siglo XVIII en adelante. Aún hoy se sigue debatiendo sobre cómo fue posible organizar tan mal una insurrección 7y, sobre todo, cómo fue posible que abandonara a las masas insurrectas sin armarlas después de haberles prometido de todo, especialmente en Madrid.

Dejando al margen su fracaso rotundo entre los campesinos, como hemos dicho, la insurrección tuvo cuatro escenarios muy diferentes. En Madrid varios miles de insurrectos permanecieron desarmados y sin directrices de ningún tipo mientras el PSOE se ocultaba en las catacumbas. En Euskal Herria la insurrección fue pequeña por la negativa nacionalista a secundarla, pese a lo cual se libraron algunos tiroteos. En Catalunya la izquierda nacionalista sí la apoyó y tomó un giro diferente al que había proyectado el PSOE. Fue en Asturias en donde triunfó inicialmente gracias a que allí sí se aplicaron bastantes de las directrices de la teoría insurreccionalista, o sea, avanzó a pesar del PSOE y de la UGT. El inmediato fracaso en el Estado permitió al gobierno republicano volcarse en la represión del pueblo asturiano con sus mejores tropas incluidas las legionarias y marroquíes, masacrando el poder popular, consejista y asambleario, triunfante en Asturias. Las cifras más aproximadas datan los muertos en el Estado en 3000, los heridos en 7000 y los detenidos en 40.000, muchos de ellos fueron torturados. El gobierno republicano aprovechó esta situación para ordenar a Franco, que había dirigido el ataque a Asturias, la depuración en el Ejército de oficiales poco fiables para la derecha, y temiendo al pueblo de Madrid, mandó construir a su alrededor un cerco de trincheras para aislar a los insurrectos, que fueron una ayuda inestimable para los fascistas en sus ataques a la capital entre 1936 y 1939.

La derrota de la insurrección de octubre envalentonó a la derecha en el gobierno y al falangismo en la calle en un contexto europeo de euforia nazi-fascista y pusilanimidad de las democracias burguesas. En estas condiciones, en el Estado español se llegó a finales de 1935 a un acuerdo entre los débiles sectores republicanos, el PSOE, el PCE, el POUM, etc., para crear el Frente Popular cara a las próximas elecciones del 16 de febrero de 1936. Basado en un programa estrictamente democrático-burgués, el Frente Popular no buscaba avanzar en la revolución social, sino en volver a la senda iniciada en 1931. Aún así, inmediatamente después de la victoria electoral del Frente Popular, a las cuatro de la madrugada del día 17, el propio Gil Robles pidió al gobierno aún en funciones que declarase el estado de guerra, también la Falange

pidió armas al gobierno, y Franco se puso al habla con la Guardia Civil y otros militares para que se decretase el estado de sitio.

Quiere esto decir que, activados los planes contrarrevolucionarios desde las primeras horas posteriores al triunfo del Frente Popular, el nuevo gobierno apenas hizo nada contundente durante meses para desbaratarlos del todo. Semejante irresponsabilidad era tanto más suicida cuanto que se avecinaba el verano y proliferaban los rumores sobre la sublevación militar. Abundan las pruebas de que el gobierno estaba bien informado de las reuniones y decisiones preparatorias. Según se acercaba julio de 1936 estos datos llegaron a los partidos políticos de izquierda. Como las ratas que abandonan el barco, muchos burgueses adelantaron su veraneo al mes de julio marchándose de las zonas radicales y yendo a zonas “tranquilas”, de orden.

Pero la responsabilidad del Frente Popular no acabó ahí, sino que esta injustificable dejadez fue sólo el inicio de una trágica serie de errores tomados conscientemente la mayoría de ellos. Ya que no intervino contra los golpista, al menos podía haber preparado la respuesta a la inminente sublevación, pero este fue su segundo gran error. Hay que partir de la base de la enorme fuerza consciente de las masas trabajadoras que, entre el 16 de febrero y el 18 de julio de 1936 realizaron no menos de 113 huelgas generales y 228 paros locales generalmente por dos motivos entrelazados: en respuesta a la explotación capitalista y en respuesta al terrorismo falangista. O sea, si el gobierno frentepopulista hubiera deseado preparar una masiva e instantánea reacción social contra el golpismo, contaba con fuerzas trabajadoras suficientes para ello, pero no lo hizo, aún peor, tardaba en cumplir su promesa de liberar a los 30.000 presos políticos que todavía existían desde octubre de 1934 e incluso encarceló a más revolucionarios detenidos en el transcurso de estas luchas, muchas de ellas de estricta autodefensa popular. Así que cuando triunfó la sublevación franquista el 18 de julio hubo zonas donde los contrarrevolucionarios se encontraron con el regalo frentepopulista de cárceles con presos revolucionarios que fueron fusilados en el acto.

El tercer error garrafal del gobierno republicano fue permanecer pasivo desde el 17 de julio, cuando los rumores ya se habían convertido en hechos a partir de las 15 horas en Melilla, Tetuán y Ceuta, y a partir de las 2 horas del día 18 en Larache, con la sublevación militar y las resistencias heroicas de las izquierdas y de militares fieles a la República, alguna de las cuales aguanta hasta cuatro días. Durante la mañana del 18 desde el gobierno se contesta a todas las llamadas urgentes de los gobernadores de las provincias que no sucede nada grave, pese a reconocer que se han sublevado las plazas en África, y cuando se van juntando las masas y las organizaciones de izquierda en Madrid y otras capitales para pedir armas, el gobierno republicano avisa que fusilará a quien arme al pueblo, siendo desobedecido por un oficial que sólo puede entregar 5000 fusiles en Madrid. Peor aún, en la noche del 18 sectores del Frente Popular forman un gobierno aún más moderado que el inicial frentepopulista, gobierno urgente que contacta con el general Mola para llegar a un acuerdo, pero el sublevado Mola lo rechaza. Al conocerse estos hechos, estalla la indignación popular en Madrid. Por fin, en la mañana del 19 se empiezan a repartir armas pero ocurre que sus cerrojos están en el Cuartel de la Montaña, que se ha sublevado, y 45.000 fusiles no pueden disparar hasta que no se tome al asalto la fortaleza.

No vamos a extendernos ahora en más errores republicanos por falta de espacio pero sí tenemos que comparar la rapidez de reflejos autoritarios y dictatoriales de las fuerzas reaccionarias la noche del 16 de febrero de 1936 al enterarse de la victoria del Frente Popular con la lentitud de reflejos, con el miedo a su propio pueblo y con la pretensión de negociar a la baja con los golpistas por parte del gobierno frentepopulista aquella noche del 18 de julio. Mientras que la reacción no perdió apenas tiempo para intentar provocar el estado de guerra y de sitio, para pedir armas para la Falange, la II República frentepopulista perdió todo el tiempo para descabezar las conocidas tramas golpistas, para organizar a las ya predisuestas masas para una movilización contundente en su defensa, y para atraerse a los pueblos oprimidos, como hizo

Lenin reconociendo su derecho a la autodeterminación. No podemos elucubrar sobre el desarrollo de los acontecimientos si la II República en su etapa frentepopulista no hubiera cometido esos errores elementales, errores de manual, pero es muy posible que el golpe militar se hubiese quedado en una simple intentona aislada. Pero no sucedió así y la sublevación militar se transformó en guerra abierta.

Los débiles sectores republicanos de la burguesía española siguieron con la misma tónica no sólo hasta 1936 sino hasta la muerte natural del Franco, y después. Durante la guerra y exceptuando la valía de algunos militares republicanos y la heroicidad de las masas, los sectores republicanos nunca forzaron un avance en las reformas sociales sino al contrario, así como sólo concedieron el Estatuto Vasco cuando no tenían más remedio. Apoyados estratégicamente por la línea frentepopulista de la URSS, lograron contener para comienzos de 1937 la oleada revolucionaria que estalló el mismo 18 de julio, y tras contenerla iniciaron la vuelta al orden capitalista asegurada definitivamente en mayo de 1937, con la represión de la izquierda revolucionaria aplicando métodos brutales importados de las purgas estalinista. Restablecido el orden, se procedió a liquidar una a una las conquistas sociales antagónicas con los intereses burgueses como son, básicamente, la propiedad colectiva que fue de nuevo privatizada, el pueblo en armas que fue de nuevo desarmado, la democracia socialista que fue prostituida en democracia burguesa, la emancipación revolucionaria de la mujer que fue reducida a simple emancipación burguesa de la mujer, etc. Según avanzaba la marea restauracionista interna, retrocedía el fervor revolucionario, el que precisamente había salvado a la II República en el verano y otoño de 1936. .

Los argumentos entonces expuestos para justificar el lema de “primero ganar la guerra y luego ganar la revolución”, fueron esencialmente idénticos a los utilizados cuarenta años después para justificar el lema de “primero ganar la democracia y luego ganar la república”. Entonces, en 1939, se perdió la guerra y la revolución, y se impuso el franquismo; después, en 1978, se perdió la democracia y la república y se instauró la monarquía diseñada por Franco. Pero la responsabilidad de ambas derrotas no debe achacarse únicamente a la cobarde burguesía republicana, que fue en ambos casos un corchito a la deriva en el temporal, sino en especial al PSOE y al PCE.

8. EL REPUBLICANISMO SOCIALISTA

Lo que ocurrió en ambos momentos fue una reinstauración y adecuación de los mecanismos de la subsunción formal y del “principio monárquico” a las necesidades de la subsunción real entonces agudizadas al extremo. En 1939, la burguesía estaba victoriosa sobre un cementerio, un gigantesco campo de concentración, unas tierras abandonadas y unas fábricas obsoletas después de tres años de guerra y ocho años de muy fuertes conflictos sociales que habían debilitado al extremo su legitimidad de clase. Por eso, la burguesía española necesitaba vitalmente reinstaurar la más vieja y reaccionaria subsunción formal mediante el nacionalcatolicismo, el sueño imperial, el patriarcado más machista, el militarismo más falocéntrico y la adecuación del “principio monárquico” a la pequeñez moral e intelectual del dictador Franco. La subsunción real, sin embargo, no pudo ser impulsada hasta que las reformas tecnócratas de la mitad del siglo permitieron una irracional expansión capitalista que empezó a entrar en crisis a comienzos de los '70.

Fue en estas circunstancias cuando, en 1978, de nuevo la burguesía española actualizó el “principio monárquico”, quitando las fotos del dictador muerto y poniendo las del rey vivo. Pero también se aseguró otros pilares básicos de la subsunción formal: la Iglesia católica mantuvo su poder decisivo en la historia del Estado español desde los genocidios de las superiores culturas judía y andalusí; el Ejército mantuvo su poder material y social, y las fuerzas represivas no fueron depuradas en absoluto; el sistema judicial especial del TOP, Tribunal de Orden Público, herencia directa de la Inquisición, mantuvo toda efectividad

represiva pero mejorada con el nuevo nombre de Audiencia Nacional, etc. Pero a diferencia de 1939, ahora sí se actualizó y mucho la subsunción real sobre todo mediante los Pactos de la Moncloa, la oficialización del sindicalismo de orden y, sobre todo y a partir de la llegada del PSOE al gobierno, la aplicación al capitalismo español de las exigencias neoliberales que ya llevaban desarrollándose algunos años y que se establecerían como nuevo dogma y paradigma precisamente en esos años.

Desde la perspectiva de este texto, uno de los favores más importantes hechos por el PSOE y por la “izquierda” que le ha ayudado con fanatismo de converso, fue el de barrer y borrar todos los restos por minúsculos que fueran de práctica superadoras de las disciplinas controladoras, autoritarias e intimidadoras de la subsunción formal vigente en los últimos años del franquismo, exterminio unido a la apología monárquica y al olvido de la reivindicación republicana. Lo que a mediados de los ’70 podía derivar en una marea de autoorganización de nuevas prácticas emancipadoras, terminó en el llamado “desencanto” de mediados de los ’80 y en esa triste parodia de la “movida madrileña”. Durante el resto de años de gobierno del PSOE y en especial durante la plomiza involución neofascista del PP, el arrasamiento de todo resquicio de creatividad y de crítica lograron incluso recuperar lo más fundamentalista y medieval del clericalismo nacionalcatólico, y los valores humanos en su aplicabilidad radical, es decir, en la praxis independentista de los pueblos y de las personas, cayeron bajo el martillo de herejes de la Ley de Partidos, que sigue vigente para escarnio de las tímidas reformas democraticistas en derechos de opción sexual, en derechos de la mujer, en educación y muy recientemente en menos desprotección de algunas franjas del precariado, la depauperación y el empobrecimiento social.

En estas condiciones actuales la reivindicación de la III República requiere de determinadas prácticas especialmente orientadas. Hay que reconocer que los independentistas de las naciones oprimidas tenemos aquí una apreciable ventaja que no es otra que la monarquía española está esencialmente deslegitimada en nuestros respectivos pueblos, excepto en sus franjas alienadas, y que incluso entre los sectores españolistas existentes en nuestros pueblos, que los hay, el “principio monárquico” no es visto de la misma manera que en el Estado español por razones que no podemos analizar aquí. Dicho esto, volviendo al análisis internacionalista de la reivindicación republicana en el Estado español, podemos avanzar estas cinco consideraciones.

Primera, respetando como internacionalistas vascos los debates internos en las izquierdas españolas sobre las alianzas entre diferentes tendencias revolucionarias, tanto en grandes bloques entre, por ejemplo, anarquistas y marxistas, con sus conexiones internas mediante los comunistas libertarios, como dentro de los grandes bloques, respetando estas situaciones que atañen a procesos exteriores al nuestro, y diciendo lo que sigue con exclusivo interés de ayudar solidariamente, hay que constatar la diferencia entre reivindicar la III República y la militancia republicanista, entre luchar contra la actual monarquía como avance importante pero táctico en cuanto atañe a la forma-Estado, y luchar estratégicamente contra el “principio monárquico” en cuanto conjunto de formas de sumisión, obediencia, intimidación, autoritarismo, etc., que perviven más allá incluso que las monarquías concretas. Si tenemos clara esta diferencia no antagónica podremos superar muchas de las disputas artificiales entre anarquistas y marxistas.

Es comprensible que la reivindicación de la III República pueda crear tensiones entre marxistas y anarquistas, ya que, por un lado, la experiencia histórica de la II República no es precisamente muy alentadora, y podría servir de argumento para decir que toda reivindicación republicana no sirve sino para encaminar al movimiento revolucionario a un callejón si salida, recordando las experiencias anteriores. En el fondo, es un argumento idéntico al que se emplea para rechazar la necesidad de un Estado obrero en proceso consciente de autoextinción aduciendo tanto las desastrosas lecciones del reformismo socialdemócrata y eurocomunista como de los supuestos “Estados socialistas” del estalinismo. Semejantes tesis tienen razón en un aspecto y yerran en lo sustantivo. La razón se basa en la forma exterior del problema, en la

constatación empírica de esos fracasos --que también fueron denunciados con antelación por otros marxistas, cosa que muy interesadamente se olvida o silencia-- pero los errores radican en que no se profunda bien en sus causas por lo que no se pueden extraer lecciones válidas para luchas posteriores.

El debate sobre la necesidad de un Estado de transición entre el capitalismo y el socialismo, y que se extinga en la medida en que se acerca es socialismo, este debate ha vuelto a surgir recientemente en medios intelectuales; pero, otra vez, la experiencia práctica de las luchas de las masas, de su dinámica inicial de contrapoderes populares surgidos en luchas aisladas, que van avanzando a dobles poderes más ofensivos y autoorganizados, que van acercándose entre ellos y relacionándose hasta llegar a una situación generalizada de doble poder efectivo, este proceso que ha vuelto a iniciarse en muchas luchas internacionales, con ritmos diferentes desde luego, está volviendo a reafirmar la urgencia de la toma del poder político por las masas oprimidas. Siempre existe un límite al ascenso de las masas: el del poder decisorio, tanto en lo represivo como en lo constructivo. Poder represivo para derrotar a las masas, y constructivo para crear alternativas que integren al reformismo y dividan a las masas. Ambos requieren de una centralidad operativa táctica que no es otra que el gobierno de turno, pero que se sostiene sobre la centralidad estratégica que no es otra que el Estado.

La tesis que habla de la posibilidad de construir el poder popular sin tomar el poder estatal es equívoca y confucionista porque no se trata de tomar el poder del Estado ya existente como sugiere la tesis, sino de, tras destruir el burgués, construir otro poder estatal antagónico con el anterior, y esta diferencia cualitativa no es tenida apenas en cuenta en estos debates. Entre el Estado burgués y el Estado obrero hay un abismo insalvable que no podemos detallar aquí. Y es precisamente en el tránsito de uno a otro en donde aparece la urgencia de la república allí en donde no exista por estar impuesta la opresión monárquica. Hasta ahora, la instauración de repúblicas ha sido siempre en situaciones de crisis prerrevolucionarias o revolucionarias, y nunca en situaciones de orden y paz, es decir, de control absoluto por la clase dominante. Quiere decir esto que existe una especie de ley tendencial que explica que el ascenso de la conciencia de las masas va unida a su superación sobre todo de la monarquía reinante y en menor medida del “principio monárquico”, que es más resistente. La monarquía es vista como la forma oficial del poder opresor, como uno de sus símbolos decisivos que debe caer incluso antes de que se acabe con la propiedad privada.

La desaparición de la monarquía deja a la intemperie una de las bazas cohesionadoras del poder estatal, aunque no por ello se derrumbe automáticamente si no es empujado a los sótanos del museo de la historia por las masas. Como lo demuestra la II República española, y otras muchas experiencias similares, la república recién instaurada puede llevar al movimiento revolucionario a un callejón sin salida y a la derrota, siendo un simple paréntesis para la reinstauración monárquica tras un tiempo o bien directamente, o puede mantener el poder burgués republicano para siempre sin necesidad de recurrir más a la monarquía, salvando el capitalismo. Todo depende de que las masas aumenten su independencia política y no caigan en la dependencia del republicanismo burgués y reformista. O sea, sobre el trampolín de la nueva república y aumentando la decisión de avanzar tras la victoria parcial sobre la monarquía, la lucha sigue atacando objetivos más cruciales y decisivos y si, sobre todo, sigue autoorganizándose independientemente de los sistemas representativos parlamentarios de la burguesía republicana y reformista.

La independencia política de las masas es aquí decisiva porque sólo ella garantiza que, tras la victoria sobre la monarquía, no se caiga luego en las cadenas de la república burguesa. Esto es innegable, como también lo es que las masas en su generalidad necesitan tiempo, aprendizaje, derrotas puntuales, urgencia militante y paciencia revolucionaria para ir tomando conciencia de las sucesivas fases que deben caminar en un proceso permanente, que no debe detenerse. A no ser que creamos que la revolución amanecerá una soleada mañana sin que hayamos tenido que

luchar antes, y que nos enteremos durante el desayuno que la Casa Real se ha marchado en la noche a otro país, y que el gobierno ha dimitido y que el Parlamento está vacío y que los bancos abiertos a la espera de que el poder popular se haga cargo de sus fondos y publique las verdaderas propiedades de sus clientes, y que los empresarios permanecen a la espera de los consejos obreros para firmar ante notario la cesión de sus fábricas a los obreros autoorganizados en soviets, y que el Ejército está entregando armas en los mercados y panaderías, y en las entradas de las fábricas y universidades, etc.; a no ser que creamos en esto, tenemos que empezar desde ahora a impulsar las primeras luchas por pequeñas que aparenten ser.

Ahora bien, la superación de la monarquía concreta no es un paso irreversible no sólo porque no garantiza que la nueva república sea un poder popular, sino sobre todo porque puede hacer olvidar a las izquierdas la necesidad de seguir luchando contra el “principio monárquico”. Aquí radica el verdadero problema ante el cual deben desaparecer las diferencias entre marxistas y anarquistas porque la historia de la lucha contra ese principio nos remite a los orígenes del socialismo, cuando aún no habían surgido las disputas tácticas que iniciaron la separación entre ambas corrientes revolucionarias. No es posible encontrar puntos irreconciliables que impidan una práctica común contra el “principio monárquico” a no ser que se tergiverse la historia del movimiento revolucionario, o que se la ignore.

La lucha contra el principio de delegación, de sumisión, de acatamiento de lo superior sin cuestionar nunca su origen y su función, de la rigidez mental y física, del cumplimiento mecánico de las normas y posturas, etc., todo este mundo encorsetador y castrador de la independencia crítica y creativa, es parte esencial de la lucha contra el “principio monárquico”. Su avance es la garantía material de que no vuelvan a mandar en la conciencia de los vivos las cadenas mentales de los muertos. Pero su avance sólo tiene garantías de sostenerse si no va unido a conquistas prácticas en la cotidianeidad de las masas, en sus trabajos, pueblos, escuelas y universidades, casas, etc. Especial tarea tiene aquí la emancipación revolucionaria de la mujer, que no sólo su emancipación burguesa, por las razones conocidas por todos.

Pues bien, la pregunta que surge es la siguiente: ¿se puede avanzar en la superación histórica del “principio monárquico” si no se avanza a la vez en la superación práctica de las monarquías concretas? Dicho de otra forma ¿hay que esperar a que alguien diga que ya no existe alineación monárquica en la gente para entonces deponer a la monarquía? ¿O no será mejor, más rápido, directo y más efectivo pedagógicamente deponer a la monarquía, socializar sus riquezas, usar sus edificios como lugares públicos y albergues para personas agotadas por la explotación asalariada, como casas de cultura emancipadora, e invertir los considerables recursos económicos que se dilapidan en sus caprichos en la mejora inmediata de las condiciones de vida de las masas? Entonces ¿por qué no luchar ya de inmediato por acabar con tanto irracionalismo despilfarrador? Las respuestas obvias a estas preguntas nos llevan a la segunda consideración.

Segunda, existe una dialéctica entre los pies de barro de la monarquía en cuanto tal y la fuerza del arraigo irracional del “principio monárquico”. Comprender esta dialéctica es fundamental para no repetir errores garrafales. Por un lado y a pesar de la estabilidad de la monarquía existen muchos indicios de que se asienta sobre terrenos movedizos ya que va resultando cada vez más difícil explicar racionalmente por qué determinadas personas tienen más derechos que otras, quién les ha designado, por qué viven mejor, por qué pueden decidir sobre los demás y el resto, la inmensa mayoría, no puede decir sobre ellas, por qué hay que pagarles todos sus caprichos y lujos, por qué no se les puede criticar, etc. De hecho estas preguntas son racionales en el doble sentido de la racionalidad históricamente burguesa y la racionalidad inherente al método de pensamiento coherente, tema este que no desarrollamos ahora.

Para la racionalidad históricamente burguesa, es decir, la que gira alrededor de la abstracción-mercancía y de la igualación inherente al valor de cambio, racionalidad viva en la subsunción

real --todos somos iguales por cuanto somos todas mercancías en un mundo mercantilizado--, es pura irracionalidad creer que algunas personas no se rigen por la mercantilización material y simbólica, objetiva y subjetiva. Y esas personas son la monarquía y hasta no hace mucho la nobleza que no pagaba impuestos, y la Iglesia. Es por esto que la monarquía concreta va poco a poco perdiendo legitimidad en todos los países en los que el desarrollo de la subsunción real va asentándose y va perdiendo influencia directa la subsunción formal. La tendencia a la baja de su popularidad es contrarrestada por los medios de alineación oficiales, por medidas concretas decididas por especialistas en propaganda y manipulación de masas, etc. Recordemos, por poner un solo ejemplo, la estrategia de relegitimación de la Casa Real británica tras conocerse los resultados de varios sondeos y encuestas públicas a raíz de la muerte de la Princesa Diana en París. O sea, existe un intervencionismo permanente del poder para contrarrestar esa tendencia y revertirla.

Si esto ocurre para la racionalidad históricamente burguesa, la monarquía es radicalmente incompatible con la racionalidad esencial del pensamiento coherente, es decir, del pensamiento que se rige por los criterios del comunismo: de cada cual según sus capacidades y a cada cual según sus necesidades. Según esto, ninguna persona puede disponer de más o menos derechos que el resto porque ya se ha superado el principio burgués de la "igualdad" mercantil que no es sino desigualdad real impuesta por la propiedad privada. Al contrario la desigualdad del principio comunista es dialécticamente otra igualdad cualitativamente superior a la burguesa porque se basa en la realidad cotidiana de la sociedad regida por los productores asociados que administran las cosas, que es lo antagónico a mandar sobre las personas en base a su valor de cambio. Para la racionalidad comunista no sólo la monarquía es esencialmente irracional sino que lo decisivo es que el "principio monárquico" ha sido ya históricamente superado además de en sí mismo, también porque ya ha desaparecido su salvavidas último, la necesidad de la burguesía para reforzar los efectos alienadores de la subsunción real con la actualización de partes de la subsunción formal, como hemos visto.

Estas son las razones que explican el debilitamiento tendencial de las monarquías concretas, pero también hemos visto que el poder estatal interviene activamente en su relegitimación cada vez que están en crisis. Llegamos así al otro componente de la dialéctica a la que nos referíamos en este primer punto. La hondura del anclaje irracional de bastantes de los componentes del "principio monárquico" puede existir por ella misma durante mucho tiempo porque son muy diferentes los ritmos evolutivos, de cambio, de los diferentes niveles de la estructura psíquica. El más profundo, el irracional e inconsciente, es más lento y pesado en sus adaptaciones a la realidad exterior, pero no es inaccesible a ella sobre todo en momentos de aceleración del tiempo histórico. Aunque partes importantes del "principio monárquico" se mueven en ese universo inconsciente, sin embargo la experiencia muestra que se puede incidir sobre ellas con la praxis militante adecuada. Hay suficientes ejemplos históricos al respecto, aunque tal vez uno de los más decisivos es la ejecución de los monarcas, como hicieron ingleses y franceses, o como hicieron los bolcheviques. Desde entonces ni las monarquías ni el "principio monárquico" fueron los mismos en estos países.

Pero esa situación no se va a presentar en el Estado español. Las izquierdas revolucionarias deben por tanto presentar la batalla concienciadora sabiendo que debe moverse en dos niveles diferentes pero interactivos dentro de la unidad psicopolítica de las masas. Aquí nos encontramos con un muy serio problema que no es otro que el abandono cuando la negativa dogmática a desarrollar las relaciones entre la psicología materialista y dialéctica y el marxismo, o si se quiere, el freudomarxismo. No podemos adentrarnos ahora en esta tan importante tarea, para hay que saber que sin ella no podremos debilitar seriamente al "principio monárquico". La lucha contra las ataduras irracionales, contra la fuerza inconsciente del "principio monárquico" nos lleva a la tercera consideración.

Tercera, toda la experiencia acumulada hasta ahora por el movimiento revolucionario en sus

tendencias varias muestra la prioridad de la lucha práctica sobre la teórica al inicio del proceso de denuncia de cualquier opresión, y más de la que se padece pero no se siente. Pero debe ser una práctica que venga ya anunciada por el ejemplo previo de otras luchas individuales y colectivas. Es verdad que en casos aislados una persona o colectivo puede sublevarse contra la opresión que padece, y esto ocurre con más frecuencia de lo que se aprecia a simple vista pero, por lo común, son meritorias y hasta heroicas luchas que se agotan rápidamente en sí mismas si no se insertan pronto en una dinámica general que las engloba y sistematiza. Alguien dijo que la mejor pedagogía es el ejemplo, y es cierto. Y es en este momento en el que se ponen a la par el ejemplo pedagógico exterior y la práctica propia cuando empiezan a fusionarse la práctica con la teoría. ¿Quién comienza esas luchas que sirven de ejemplo a los demás? La respuesta es muy sencilla: las organizaciones revolucionarias que han mantenido vivas la memoria colectiva, la experiencia acumulada que ha dado cuerpo a la teoría, los objetivos irrenunciables, etc., en los peores momentos de represión y de retroceso de las luchas de masas.

Sin estos pequeños o medianos grupos que han resistido contra viento y marea resultará luego más difícil el enlace entre las nuevas luchas y las lecciones aprendidas por luchas anteriores y que siguen siendo esencialmente válidas. No estamos hablando de otra cosa que la dialéctica entre la organización y la espontaneidad. Ninguna se concibe sin la otra aunque según los momentos de la lucha esa dialéctica parezca romperse. Así, cuando las luchas inician su ascenso, parece que prima la espontaneidad sobre la organización, y cuando se paralizan parece que la organización prima sobre la espontaneidad, y cuando llegan a su cenit esa dialéctica está plenamente activa. Todo esto es cierto, pero nunca se rompe la interacción entre las organizaciones y las masas espontáneas, siempre que ambas sean revolucionarias.

Lo arriba dicho es muy importante para desarrollar tanto la lucha contra la monarquía como contra el “principio monárquico”. Sin la memoria republicana conservada por algunos grupos y periódicamente activada por la izquierda, sin ella, la juventud que se está lanzando a la lucha tendría una visión borrosa y deformada e incluso no sabría nada de nada, como sucede en amplias franjas juveniles. Del mismo modo, muchas personas que nacieron después a 1939 sólo recuerdan o saben lo que se les ha transmitido casi siempre en su medio familiar, o por muy pocas hojas clandestinas en su tiempo y publicaciones en la “democracia”. La situación es aún peor en lo que toca a la crítica del “principio monárquico” porque apenas se ha avanzado en esta decisiva intervención que siempre va unida a la lucha contra los métodos disciplinadores de la subsunción formal. Las izquierdas hemos retrocedido bastante en la lucha contra la dominación inconsciente e irracional si tomamos como ejemplo las reflexiones de la sex-pol, del freudomarxismo y de la izquierda psicoanalítica, así como su interrelación básica con las reflexiones radicales del feminismo revolucionario.

Teniendo esto en cuenta podemos avanzar la propuesta de establecer varios niveles de crítica y de movilización interrelacionados: aumentar los debates, actos y discusiones colectivas sobre los temas que ahora debatimos, mostrando la irracionalidad de toda monarquía y la superioridad democrática de la república sobre toda monarquía, al margen ahora de su contenido social; aumentar las acciones públicas, las manifestaciones y concentraciones a favor del republicanismo y en contra de la monarquía, pues es en la calle en donde se aprecia la vetusta obsolescencia de la monarquía; introducir en las reivindicaciones concretas de las luchas concretas la importancia de superar la monarquía y avanzar en la república, lo cual es muy fácil si previamente se ha comprendido el papel de la monarquía en la actual dominación de clase; y, último, llevar la lucha práctica al corazón mismo de la parafernalia monárquica, de sus visitas, recepciones, desfiles, inauguraciones, etc. Ahora bien, estas propuestas tienen que basarse en el realismo sincero de la situación del movimiento revolucionario, lo que nos lleva a la cuarta consideración.

Cuarta, no podemos hacer ningún plan de intervención sin partir del principio de realidad. Las clases trabajadoras tienen que organizarse a sí mismas careciendo de todos los recursos

necesarios para ello, excepto su conciencia. Mientras que la burguesía tuvo desde los siglos XII-XIII una creciente ventaja económica sobre el feudalismo para ir centralizándose como clase en ascenso, pese a las muchas indecisiones y retrocesos voluntarios, no así sucede lo mismo con el proletariado, sino lo opuesto. La clase trabajadora no tiene ningún otro recurso para centralizarse como clase que no sea su conciencia, que también es una fuerza material pero radicalmente antagónica al dinero, a la propiedad privada de las fuerzas productivas, que es la gran arma burguesa.

Partiendo de esta diferencia cualitativa, el proletariado no tiene más remedio que luchar simultáneamente en todos los frentes, áreas, esferas y niveles cotidianos para avanzar en su autoorganización. La burguesía podía tener paciencia y crecer en lo económico, dejando lo político y militar para más adelante; podía también prestar atención a lo cultural y científico pero no tanta como se ha magnificado posteriormente. Podía hacerlo porque mientras acumulase más y más capital iría minando la independencia de la monarquía, como sucedió de hecho. Mientras tanto, la reivindicación republicana era secundaria porque lo prioritario era acumular capital. Una vez que esta acumulación había llegado a un límite infranqueable porque superarlo significaba acabar con la monarquía, una vez aquí se incrementaron las dudas e indecisiones burguesas. Sólo el desprecio prepotente de las monarquías y su furibunda negativa a dejarse controlar por el Parlamento burgués, sólo entonces esta clase se lanzó a la lucha pero partiendo con una clara ventaja económica e ideológica.

El proletariado no está en esta situación. Carece de todo y debe organizarlo todo pese a no disponer de nada, excepto de su fuerza de trabajo y de su experiencia acumulada. La burguesía no le da ninguna facilidad, al contrario. No es verdad que el sistema parlamentario de la democracia burguesa esté pensado para facilitar la expresión y participación política de las masas excepto si por tal cosa entendemos la delegación pasiva en los partidos reformistas, la creencia suicida en el enmarañamiento burocrático parlamentario, en el cretinismo de la politiquería profesional, etc. La clase dominante fue vaciando el parlamento de sus poderes decisivos, trasladándolos a otros lugares inaccesibles a la intervención popular, en la medida en que las clases oprimidas forzaban su entrada en los parlamentos, de modo que cuando llegaron a su interior, ya apenas servían para algo. No tenemos espacio para seguir el proceso de creación del parlamentarismo interclasista y de su simultáneo vaciamiento de su poder efectivo en la misma medida en que se debilitaba la eficacia de la subsunción formal y se desarrollaba la subsunción real, que tenía en ese parlamentarismo hueco una de sus más efectivas trampas legitimadoras.

Sin embargo, en sentido contrario a éste oficial, siempre que las clases oprimidas han dispuesto de una visión revolucionaria han avanzado en una triple línea: una, desarrollar su autoorganización como clase mayoritaria capaz de expandir contrapoderes concretos y, luego, situaciones de creciente doble poder en la calle, en fábricas, talleres, campos, colegios, etc.; otra, buscar deliberadamente un paridad práctica pero transitoria entre el poder obrero y popular autoorganizado y el Parlamento existente, de modo que éste también termine reflejando la verdadera composición de fuerzas políticas en la calle, que es el lugar decisivo del poder obrero; y tercero, allí en donde pervive la monarquía, reivindicar que la República sea la expresión legal y sanción institucional de esa nueva situación de doble poder, lo que más temprano que tarde saca a las calles la diferencia crucial entre la República burguesa y la República socialista.

Muy en síntesis, esta es la experiencia mayoritaria de los procesos revolucionarios si no vemos la historia social según los dogmas al uso. Allí donde la República ya está establecida y en un contexto de agudización de las contradicciones, el orden republicano bien pronto entra en crisis interna porque no puede existir nunca una República aislada de la lucha de clases, sino rota por esas luchas en ascenso. Es en estos momentos cuando saltan a la luz los dos modelos opuestos e irreconciliables de republicanismo, el burgués y el socialista. ¿Pero antes de llegar a esta fase?

Muy sencillo, hay que luchar por todas las reformas posibles pero integrándolas en la praxis revolucionaria diaria tendente a agudizar esas contradicciones y a acelerar su estallido.

Y es aquí, en esta lucha cotidiana por las reformas que superan y desbordan al sistema dominante, cuando cobra su pleno sentido el republicanismo arriba expuesto y también la reivindicación de la República. Ambas van unidas en la práctica, pero a la vez van separadas porque el republicanismo trasciende a la mera reivindicación de la República. Es verdad que ésta, en cuando forma administrativa que permite más juego de masas dentro mismo de la democracia burguesa dominante, también tiene que asumir y potenciar los valores revolucionarios del republicanismo, pero estos deben desarrollarse diariamente en todas las facetas de la vida colectiva e individual, pública y privada, etc.

La militancia republicanista, que no sólo por la República, busca destrozarse las conexiones internas entre la subsunción formal y la real, además de romper las disciplinas, coacciones y miedos de aquella, lo que, a la vez, supone un debilitamiento muy apreciable de la segunda, de la subsunción real; mientras que la reivindicación de la República se limita, por lo general, a cambios importantes en el sistema político-administrativo institucional. Por ejemplo, a la larga es imposible generar el proceso ascendente que va de los pequeños contrapoderes que surgen en los momentos iniciales a las situaciones de doble poder en cuestiones decisivas entre el proletariado y la burguesía, si no se lucha incansablemente contra el “principio monárquico” tan profundamente arraigado en la alineación de las masas, mientras que sí es posible instaurar una República sin cuestionar ese principio, simplemente cabalgando el tigre del malestar popular para agotarlo. Llegamos así a la quinta y última consideración.

Quinta, es imposible a la larga asentar ese proceso popular porque no se han combatido en la práctica diaria las cadenas irracionales que sujetan buena parte de las disciplinas de la subsunción formal, sobre todo de las que el capitalismo ha actualizado para reforzar con ellas el límite de la subsunción real. Ahora nos viene muy bien la amarga experiencia en los países posestalinistas en los que se ha reinstaurado el capitalismo reafirma la gran duración de las cadenas irracionales, pero también la capacidad de la conciencia alienada para encontrar argumentos que justifiquen la vuelta al pasado, aun cuando este retroceso conlleve un aumento de la inseguridad vital y un retroceso en las condiciones de vida. Sin embargo, aquí hay que volver al tema del papel de la conciencia autoorganizada en organizaciones revolucionarias que actúan en el seno de las masas. Uno de los factores decisivos en el triunfo del pasado sobre el futuro en los períodos de transición primero estancada y después en retroceso entre el capitalismo y el socialismo es el debilitamiento y la posterior desaparición práctica de organizaciones revolucionarias, aunque sigan existiendo como siglas y aparatos del Estado obrero burocratizado.

Por circunstancias que no tenemos espacio para explicar, los procesos revolucionarios cercados por el imperialismo, aislados de otros procesos, castigados a sobrevivir en base a sus exclusivas fuerzas, sometidos a agresiones permanentes abiertas o soterradas, estos procesos tienden a derivar hacia la burocratización interna como efecto del cansancio de sus fuerzas revolucionarias. Esta tendencia es más fuerte aún cuando esos procesos se dan en pueblos con reducidas fuerzas productivas, o que han tenido que sufrir gigantescas destrucciones de sus recursos materiales y humanos por las agresiones exteriores y la contrarrevolución interna. Al cansancio se le suma aquí el efecto negativo de la austeridad, de la escasez, del racionamiento en bastantes casos. No es extraño, por tanto, que se tienda a la reaparición de viejas ataduras que, convenientemente tratadas por la propaganda reaccionaria, se visten con ropajes nuevos. Solamente si ese pueblo desarrolla y perfecciona constantemente un poder popular, una democracia socialista y una autoorganización que le garantice el control y la penalización de las corrupciones inherentes a la burocratización, sólo así puede tener garantías parciales de victoria, pero nunca definitivas.

Si esto ocurre en un sistema en el que el poder está en manos de las clases trabajadoras, con sus contradicciones y errores, qué no va a suceder en el interior de la sociedad burguesa después de que las masas hayan hecho justicia deponiendo a la monarquía pero terminando ahí su avance revolucionario sobre el “principio monárquico”. Dado que el Estado y el gobierno, pese a ser ya republicanos, siguen en poder de la burguesía, las fuerzas de alineación siguen intactas en todas aquellas realidades cotidianas en las que las masas no hayan construido poderes propios que les emancipen parcialmente. Aún así, la complejidad social hace que existan muchas franjas poblacionales que no se movilizan, o que lo hacen poco, por no decir que permanecen pasivas y hasta esperando que la situación vuelva al orden anterior. Si el ascenso de las luchas populares no ha creado organizaciones imbricadas en la cotidianeidad, insertas en las problemáticas de la ancianidad, de las mujeres empobrecidas, de la juventud desarraigada, de las franjas de trabajadores precarizados, de la vieja pequeña burguesía empobrecida, etc., con su prensa, su medios de concienciación y debate colectivo, de movilización y demás, si no se ha logrado esta vertebración interna de partes importantes del pueblo trabajador, más temprano que tarde volverá la vieja peste reaccionaria en este caso en forma de “principio monárquico”.

Hemos dicho arriba emancipación parcial porque en la sociedad burguesa es imposible la emancipación total en aspectos aislados. La emancipación total no existe tampoco en la sociedad en transición del capitalismo al socialismo, pero aquí al menos el pueblo trabajador posee su propio poder de clase, lo que ya es una garantía --no definitiva--inexistente en cualquier sistema burgués por democrático que aparente ser. La emancipación parcial dentro del capitalismo es por definición inestable y de corta duración, dependiendo del resultado de la lucha de clases, lo que reafirma la urgencia de esas organizaciones a pie de calle que forman uno de los polos de la dialéctica entre organización y espontaneidad antes analizada. No hace falta decir que el republicanismo cobra aquí todo su significado, como venimos reiterando, mientras que la victoria sobre la monarquía va olvidándose gradualmente en la medida en que surgen nuevos retos a los que hacer frente. Sólo si existe un partido monárquico fuerte dispuesto a reconquistar el poder y retroceder en la escala histórica de progreso humano reinstaurando la monarquía, sólo entonces seguirá presente esa inquietud, lo que no anula la necesidad de mantener la lucha contra el “principio monárquico”, al contrario.

El republicanismo socialista, para acabar, supone llevar la desalienación a todos aquellos comportamientos que de algún modo, directa o indirectamente, mantienen la dependencia hacia y de la autoridad, la que sea. Supone combatir por la emancipación personal y colectiva de todas aquellas fuerzas que les hacen dependientes, sin poder decisorio propio, sin capacidad para ejercitar su libertad. En este sentido la diferencia esencial entre la forma-república burguesa y el republicanismo socialista es que la primera es sólo eso, una forma externa supeditada a una esencia interna, que no es otra que la obtención de plusvalía. El republicanismo socialista es justo lo contrario porque es el contenido institucional de la lucha contra la plusvalía, o sea, es contenido inevitable de la democracia socialista, de la autoorganización de los trabajadores asociados. ¿Puede alguien concebir una monarquía socialista?

Hasta la aparición histórica de las revoluciones proletarias, todas las repúblicas anteriores habían sido expresiones de un poder de clase que en ese momento representaba un avance histórico asentado sobre la merma de los derechos de las antiguas clases dominante pero a la vez, dialécticamente, sobre la explotación de las clases esclavas, de las masas campesinas, de los trabajadores y artesanos urbanos, de los primeros proletarios pre-industriales, de las mujeres y de pueblos enteros. Todas las repúblicas burguesas actuales se basan sobre esas explotaciones porque todas ellas llegaron a un pacto con las anteriores clases dominantes, que recuperaron parte de sus posesiones. En esas experiencias, lo que empezó siendo una conquista parcial sobre las clases dominantes, terminó siendo a la larga otro poder reaccionario que renegó de su propia república. Ello era debido a que estas conquistas nunca quisieron llegar al contenido, al fondo y a la esencia de la explotación, sino que se quedaron en la forma superficial pero

históricamente válida durante un período concreto. También en la fracasada experiencia estalinista sucedió otro tanto, salvando las distancias. Lo que comenzó siendo un impresionante avance histórico concluyó siendo la reinstauración del capitalismo, pero lo mismo hay que decir de otras experiencias anarquistas.

A diferencia de todo ello, el republicanismo socialista dice explícitamente que su objetivo va más allá de la simple pero urgente derrota de las monarquías reinantes; que su objetivo es desarrollar el contenido institucional de la democracia socialista, del poder soviético, del pueblo en armas inherentes al período transicional entre el capitalismo y el socialismo. Por su contenido mismo, el republicanismo socialista no puede nunca desarrollarse gracias siquiera a la mínima explotación, a la mínima prohibición de los derechos de las mayorías, porque los de las minorías hasta entonces dominantes sí serán restringidos en todos aquellos asuntos que sean un peligro para la democracia socialista, que permitan preparar contrarrevoluciones internas y apoyar a invasiones reaccionarias externas, del imperialismo. Por tanto, su contenido esencialmente democrático socialista le exige a la República de los trabajadores reconocer y facilitar la emancipación de los pueblos que antes oprimía la República burguesa en ese mismo Estado, o su monarquía. Este principio estratégico y táctico es más vital aún en aquellos Estados que han sostenido el poder de sus clases dominantes además de sobre la explotación interna también sobre la opresión nacional.

La experiencia histórica es tan concluyente al respecto que sólo la vamos a resumir muy sucintamente. Una de las causas del agotamiento interno de la democracia esclavista griega y de su sistema republicano fue el aumento imparable de las resistencias de otras ciudades-Estado griegas y de otras colonias que no aguantaban más las duras exigencias atenienses. Del mismo modo, la degeneración de la República romana en Imperio se vio facilitada por los efectos de las guerras continuas contra otros pueblos, y el hundimiento imperial último respondió a la síntesis de varias crisis entre ellas la proliferación de las sublevaciones de pueblos oprimidos que recibían como libertadores a las oleadas germanas. También las repúblicas mercantiles del medioevo tuvieron que malgastar parte crecientes de sus riquezas en las guerras exteriores que facilitaron las involuciones internas. Más recientemente, la I y II repúblicas españolas tuvieron en las luchas de los pueblos que oprimían uno de sus grandes fallos. Las repúblicas francesas entraban sucesivamente en crisis también al fracasar en sus guerras imperialistas para mantener su decadente imperio e impedir la independencia de los pueblos aplastados. Un factor que aceleró la implosión de la URSS fue el fracaso del estalinismo para acabar con los problemas nacionales que él mismo había resucitado tras desbaratar la solución alcanzada por los bolcheviques. Y no hay duda de que otra de las razones de la crisis creciente de la República yanqui es el aumento de las ansias independentistas de los pueblos que oprime. Incluso la actual república francesa se ve en la necesidad de un cierta descentralización regional inimaginable hace pocos años.

En cuanto a la monarquía española ¿qué más podemos decir? Es la praxis la que decide.

21-III-2006.